

La Ilustración Artística

AÑO XXXV

BARCELONA 3 DE ABRIL DE 1916

NÚM. 1.788

EL GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS Y LOS CANTOS DE LOS INDIOS AMERICANOS



El cacique de la tribu de los Pies Negros, de Montana, cantando una canción ante el fonógrafo

A fin de que no se pierdan o caigan en olvido las canciones y la música que las tribus indias de los Estados Unidos consideran como sagradas, la oficina de Etnología ha emprendido la tarea de coleccionarlas y conservarlas por medio del fonógrafo. Además de esto se las está escribiendo para piano, labor que ha sido confiada a la señorita Densmore, que posee grandes conocimientos musicales y que, atraída por la música india, ha recorrido los territorios donde viven los indígenas, habiendo logrado recoger con el fonógrafo las canciones originales de las tribus de los chipewas, de los siux, de los utes, de los mandanes y otras, y publicado con su firma dos volúmenes que contienen la música de los chipewas. (De fotografía de Underwood y Underwood.)



Renaud Germain

PERFUMISTAS

Nuevos extractos para el pañuelo

MÁGICO-LABERINTO

Perfumes suaves e intensos.

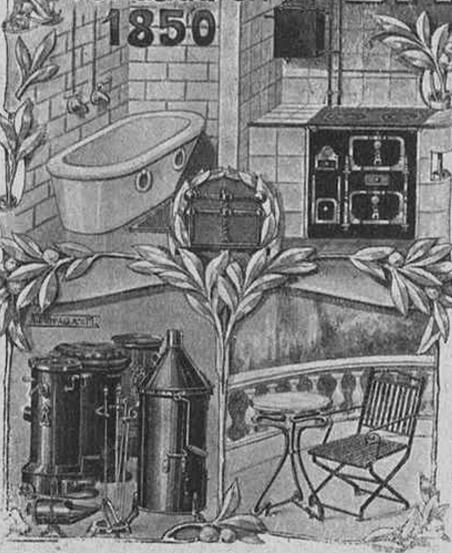
Renaud Germain

Barcelona.



FUMISTERIA: CAÑAMERAS

Fundada en 1850



COCINAS MODERNAS

GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS

ASADORES AUTOMÁTICOS

TOSTADORES, CALORÍFEROS Y CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR

PRESAS, BANCOS, MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940

Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis



Al pasar de soltera a casada, te interesa saber, hija amada, que la dicha, en la vida no dura,

y el no ser del esposo burlada, se consigue teniendo hermosura, cosa fácil, cuando hay PECA-CURA.

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa CORTÉS HERMANOS

BARCELONA



CARNE LÍQUIDA

del Dr. Valdés García de Montevideo

— ES EL MEJOR —

TÓNICO-RECONSTITUYENTE

para ANEMIA, TÍISIS, CONVALESCENCIAS etc.

De venta en todas las farmacias.

REGENERADOR DE LA VIDA



El Abate **SEBIRE** ha encontrado en las **PLANTAS DEL MAR** el medio infalible de recuperar la salud **SIN MEDICAMENTOS.**

EL REGENERADOR DE LA VIDA provoca verdaderas resurrecciones orgánicas; es **20 veces más nutritivo** que la carne. Engruesa de 3 a 5 kilos por mes a los **ENFLAQUECIDOS.** Comunicación a las **Academias de Medicina y de Ciencias de Paris**

Tuberculosos, anémicos, convalecientes, neurasténicos, enfermos del estómago e intestinos, diabéticos y albuminúricos, pedid el **FOLLETO explicativo GRATIS** al

DEPÓSITO GENERAL: DIPUTACIÓN, 268. - BARCELONA

De venta: - En las principales Farmacias, Droguerías y Centros de Específicos de España

Bote grande, 300 gmos. 5 ptas. Bote pequeño, 250 gmos. 2'75 ptas.

Elaborado en los **LABORATORIOS MARINOS** de ENGHEN-LES-BAINS (FRANCIA)

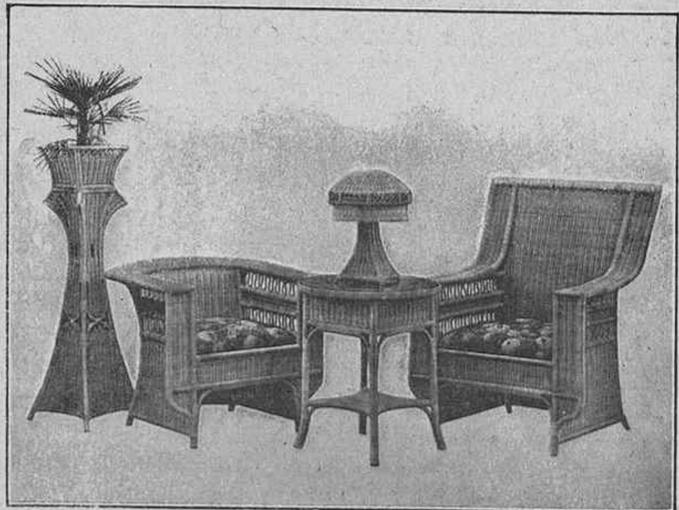
MUEBLES de junco y médula fina

MARCA:

ME PNE

REGISTRADA

Fábrica sin sucursal



Paseo de Gracia, 115; Barcelona. «Manufacture Parisienne»

AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN TRES JUGADAS
ORGANIZADO CON MOTIVO DEL TORNEO PARA EL CAMPEONATO DE CATALUÑA DEL AÑO 1914

Se han recibido las siguientes composiciones:

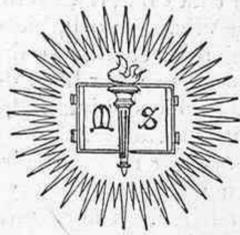
PROBLEMA N.º 27. LEMA: «Alhambra 1». - BLANCAS: Rh 5, Tg 2, Aa 3, Cc 4 y e 1, Pd 3 y e 5 (7 piezas). NEGRAS: Rf 4, Da 8, Ta 4 y f 1, Aa 6 y f 2, Cc 2 y h 6, Pb 3, d 4, f 5, f 7 y h 3 (13 piezas). Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

PROBLEMA N.º 28. LEMA: «Alhambra 2». - BLANCAS: Re 7, Dh 4, Aa 3 y h 3, Cc 8, Pd 3 y g 3 (7 piezas). NEGRAS: Re 5, Dd 2, Ta 2 y h 2, Ab 1 y e 1, Ca 4, Pc 7, d 4, d 5, e 2, g 6, g 7 y h 5 (14 piezas). Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 26. LEMA: «TEO»

1 Dd 1 - a 4, b 5 x a 4	2. Ca 6 - e 5, etc.
A juega	2. Da 4 x b 5 jaq., etc.
f 4 - f 3	2. c 4 x b 5, etc.
d 2 - d 1 (D)	2. Da 4 x d 1, etc.
b 5 - b 4	2. Da 4 - b 5 jaq., etc.
Otra jugada	2. Da 4 x b 5 mate.

La Ilustración Artística



Artística

AÑO XXXV

BARCELONA 3 DE ABRIL DE 1916

Núm. 1.788

BARCELONA. - SALÓN PARÉS



LA MODELO, cuadro de José M. Recoder

(De fotografía de F. Serra.)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos a los señores suscritores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el primer tomo de la serie del presente año, que será el primero de la

HISTORIA DEL RENACIMIENTO

obra escrita por José Pérez Hervás, a vista de las mejores obras históricas de carácter general, estudios particulares y monografías del Renacimiento de toda la literatura europea. El tomo irá profusamente ilustrado.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El ramo de siemprevivas*, por Juan B. Enseñat. — *La guerra europea*. — *Barcelona. Concurso de carteles*. — *Madrid. S. M. la Reina Doña Victoria en el Asilo de San Rafael*. — *Barcelona. Homenaje al Círculo de Sans*. — *La dama de las piedras preciosas* (novela ilustrada; continuación). — *Madrid. Salón Arte Moderno. Exposición Cabanas-Oleiza*. — *Portugal. El nuevo ministerio de la Defensa Nacional*. — *Madrid. Novedades teatrales*.

Grabados. — *La modelo; Melancolía*, cuadros de José M. Recoder. — Dibujo de Luisa Vidal, ilustración al cuento *El ramo de siemprevivas*. — *La guerra europea*. — *En la fuente; María y Miguel*, cuadros de E. Hermoso. — *El maestro armero de Villabom*; *La paz del campo*, cuadros de A. Covarsi. — *Notas de actualidad de Madrid, Barcelona y Portugal*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El caso de los dos estudiantes que aparecieron muertos de un balazo en la sien, en el parque del Oeste, pareció misterioso antes de que fueran identificados los cadáveres, y luego pareció claro, cuando ya se supieron los nombres y posición social de ambos muchachos, y se dió por averiguado que se habían suicidado por hallarse cansados de la vida.

Yo quisiera rectificar esto del misterio. ¿En qué consiste? ¿Viene el misterio de los sucesos, o del alma? Es indudable que el misterio es siempre psicológico. Morir no tiene nada de misterioso; morimos porque nacimos; y hasta diré que puede no haber misterio alguno en un asesinato, aunque se ignore el nombre de su autor y cómo realizó el hecho — si el crimen obedeció a móviles vulgares —. Ejemplo: en casa de una vieja que ha reunido economías, entran unos ladrones, sin más fin que despojarla de ellas; y, sea para que no los delate, sea por mera brutalidad, la matan. Luego huyen y consiguen no ser cogidos, ni aun conocidos sus nombres. En tal crimen, no existe misterio alguno. No pasa de uno de tantos sucesos comunes y corrientes, dentro de la anormalidad, y ningún punto de vista nuevo descubre en lo íntimo de la espiritualidad humana.

Lo de los estudiantes del parque del Oeste es muy otra cosa. Después de saberse cómo se llamaban, qué edad tenían, cuál era su familia, cuáles sus hábitos, sigue igualmente impenetrable el enigma de las causas oscuras que los condujeron a morir a un tiempo, de igual suerte, en un rincón silencioso de un parque madrileño.

Hay una carta que tal vez arrojará clara luz sobre el extraño sucedido. Esta carta está en poder de la familia de uno de los muertos. Debemos respetar el secreto amargo de esa carta de ultratumba. El juez no quiso leerla, y nosotros no podemos ni intentar adivinar su contenido ni echarnos a fantasear acerca de él. Hay muchas cosas que pertenecen al orden de lo privado, y en su penumbra deben permanecer eternamente, o al menos hasta que el paso del tiempo las haya ido borrando y desliendo, quitándoles su aguijón de dolor. ¿Cómo no apiadarse del de unos padres, de unos hermanos? Pero no ha de negarse que el misterio de tan triste sucedido es igual o mayor que cuando se descubrieron los cadáveres, en pozas de sangre, sobre la hierba. Y es misterio de psicología, el más atractivo para el novelista y para el que no se cansa de contemplar lo que hay detrás de cada fenómeno, sus facetas tan diferentes.

Los teatros no cesan de estrenar obritas alegres. Hacen bien, porque el público no quiere nada trágico ni serio. Pide risa y más risa, y es admirable que la vena de los autores cómicos no esté agotada.

Ultimamente ya, el prurito de excitar la hilaridad había llegado a tal extremo, que se abusaba de los retruécanos, juegos y pulverizaciones de palabras, chisporroteos de frases, coincidencias de nombres y otros recursos parecidos, que (¡vaya por Dios!) son muy del gusto del público. Hasta en las conversaciones estalla un fuego granado de dicheos que pretenden tener ingenio, y no son sino cachos de calabaza, espolvoreada de sal gordinera. Os abrasan a colmos, os crucifican a paralelos festivos. ¿En qué se se parece La Cierva a un tambor? No lo comprendéis; os lo revelan. En que La Cierva ha *cerrau* las tabernas, y el tambor *hace rrau cataplan!* Y como os quedáis con la boca abierta, pasáis por gente poco avisada y sin vuelo imaginativo... Por el estilo de tal paralelo eran los chistes que se aplaudían... Pare-

ce haberse iniciado una reacción favorable al mero buen sentido. No hemos exterminado al chiste de retorcidillo y escarola, pero empieza a concebirse que sin él puede existir risa. Y ya es un síntoma bueno.

La decadencia del chiste de sacacorchos se inició, o mucho me engaño, con un obra extranjera, *El amigo Teddy*, representada en el Teatro Infanta Isabel. Verdad que esta obra, representada por otro actor que no fuese Vilches, no hubiese ejercido el ascendiente que ejerció. Cuanto se diga respecto a la interpretación que este actor hace del personaje del yankee franco, astuto y sentimental, sería poco. Es lo que se llama una creación.

Es imposible matizar mejor, decir con mayor gracia, accionar con más propiedad y brío. Desde el punto de vista artístico, en la carrera de este actor, todavía bien joven, la obra señala una fecha memorable. Algo pudiera presentarse cuando le vimos hacer en *La Malquerida* un papel secundario, al cual supo dar intensidad extraordinaria: el del Rubio, el cómplice del protagonista.

De ese pequeño teatrillo, situado en el corazón de Madrid, salen tentativas muy plausibles, adaptaciones de obras extranjeras como *Franz Hallers*, que he oído calificar de absurda, y que pudiera serlo en algunos conceptos, pero que se nos figura más real, después del suceso de los dos estudiantes, si es cierto lo que ha publicado la prensa respecto al influjo ejercido en sus espíritus por las truculencias y lances folletinescos de los cines, y a la afición a parodiarse tales escenas por medio de disfraces, gafas, pelucas y otros accesorios del mismo jaez. *Franz Hallers* es, quién lo duda, un melodrama, hasta repulsivo, a pesar de la genial interpretación de Vilches; pero estaríamos equivocados si pensásemos haberlo resuelto todo al escribir la palabra *melodrama*. El concepto a que responde no deja de tener su equivalencia en la vida. No hay género teatral a que la vida no se adapte. Está la vida llena de tragedias, dramas, melodramas, comedias, altas y bajas, sainetes, pasillos, entremeses, y hasta disparates cómico-lírico-bailables.

Franz Hallers se basa en un fenómeno muy poco común, es cierto; pero seguramente el autor alemán no ha dejado de consultar con algún médico, y éste le habrá dicho que en tal o cuál clínica pudo observarse tal o cuál caso de doble conciencia, con pérdida de memoria del estado anterior. Y este dictamen alegrará para excusar el asunto de su melodrama, en que un respetable magistrado, hombre de honor a carta cabal, sufre una perturbación que le impulsa a abandonar, por las noches, su domicilio, armado de cuchillo y pistola, vestido de vagabundo, y a juntarse en una taberna con una partida de asesinos y ladrones, haciéndose su jefe y cometiendo, a su cabeza, toda especie de delitos y crímenes. A la mañana siguiente, ni el menor recuerdo de los nocturnos episodios.

No será frecuente tal enfermedad, pero la ciencia la admite.

Hubo en Galicia un caso curioso, más curioso tal vez que el de *Franz Hallers*, y fué el del conocido por *Hombre lobo*, cuyos nombres de pila y apellidos eran, si la memoria no me es infiel, Manuel Blanco Romasanta. Este extraño criminal esperaba en la carretera o en las sendas fragosas de las montañas a las muchachas que iban a servir fuera de sus casas, en alguna ciudad no muy distante; las daba muerte, las despedazaba, y las enterraba en algún paraje solitario. Como estas muchachas en su mayor parte no sabrían escribir, sus familias no se alarmaban por falta de noticias de ellas. Si alguna vez sentían un poco de inquietud, la hipótesis era de que las mocitas habrían encontrado un modo de vivir agradable y no se acordaban de los suyos, o que habrían muerto de muerte natural, o emigrado a América. Al cabo, un día, no recuerdo por qué incidencia, fué capturado y procesado Romasanta. No negó: confesó que cometía tales atrocidades, porque a ello le llevaba un impulso irresistible. Como que él no era hombre, sino lobo, desde la fecha en que su padre le había maldecido, y, bajo el peso de la maldición, vagaba errante en los bosques, con instintos de carnívoro. Hasta aullaba y corría a cuatro patas.

La Audiencia de la Coruña, a pesar de la transformación, le condenó a muerte. Pero apareció no sé qué sabio francés, precursor de Lombroso, y se interpuso, dirigiéndose a la Reina Isabel II, e interesando su bondadoso corazón para el indulto y conmutación de la pena, en vista de la irresponsabilidad del reo. Y el *Hombre-lobo*, manso como un corderito, taciturno y metido en sí, se pasó lo que le restaba de vida haciendo calceta en un rincón de un patio del presidio. ¿Era un simulador? ¿Era un loco? Dada la naturaleza de sus crímenes, la perturbación mental no sorprende...

Y, volviendo a la transformación de la risa, diré que una obrita reciente, *Los Gabrieles*, parece también señalar rumbos más naturales a lo cómico. Algunos chistes del sistema de bala forzada hay en *Los Gabrieles*; pero, en conjunto, observo en esta obrita cierta sensatez, sencillez y verosimilitud. No diré que sea frecuente que un fraile se haga torero y un torero fraile; pero justamente de este trueque singular nace la gracia del enredo. El ambiente de la obra es ya francamente cómico por el contraste. Y el contraste existe; pero toreros y frailes son igualmente cosa muy española, y no tenemos que preguntar ni un instante, como en otras piececillas: ¿de dónde sale esta gente? ¿De qué planeta se han caído?

Así, el ambiente es simpático, y hay una corriente de bondad en todos los personajes, que atrae y reposa. Claro que se trata de un juguete, de algo que no aspira más que a entretener un momento. Sólo que lo consigue, sin forzar los resortes, sin recursos demasiado efectistas. Hay mucho de buena ley en la obra, y los frailes, ligeramente caricaturizados, se rodean sin embargo de una aureola de bondad cristiana y de humanidad, más próxima a lo que realmente sucede, que las pinturas a lo Ortego, ya pasadas de moda.

La temporada del Real toca a su término. Artísticamente hablando, no ha sido tan mala como se temía. Nos ha revelado a Battistini, al cual teníamos en olvido y que ha brillado como astro de primera magnitud, y a algunos secundarios, dignos de estimación. Nos ha descubierto (sin *calembour*) a la Vix, que ha hecho una *Thais* deliciosa. Nos ha devuelto a Anselmi, algo mermado de facultades, pero siempre insuperable en *Tosca* y *Manón*. En conjunto, no puede decirse que fuese esta temporada la peor del Real, como algunos han propalado.

Tuvo que luchar la Empresa con la rivalidad de la Zarzuela, que escribió a Titta Ruffo, nombre sugestivo y fascinador para el público madrileño. Esto aumentó sus angustias. Madrid, sin embargo, puede con todo. Pudo con el régio Coliseo y con su enemiga la Zarzuela. Que vengan diversiones: las bolsas responderán.

En vano se habla de tiempos difíciles. Lo difícil sería que un espectáculo más o menos atractivo no diese resultado.

Una señal de cierto bienestar, hasta en las clases más pobres, es el timo de las participaciones. No cabe que la gente humilde ignore que de un timo se trata, o puede tratarse, al menos. Sin embargo, se dejan estafar tranquilos. En vez de reunirse los de un taller, las de un obrador, los de una tienda, las de un mercado, para jugar mancomunadamente y tener seguro que, si les tocase, cobrarían, se confían en los profesionales de la tal estafa, que han hecho de ella un lucrativo modo de vivir. El oficio no tiene más quebras que la que acaba de sufrir recientemente uno de los profesionales: que el número imaginario salga con premio, y entonces haya de descubrirse la farsa.

Más raro es, en cierto modo, el que vender en la calle décimos de lotería sea en Madrid una industria, si no muy productiva, por lo menos remuneradora. Véndense los tales papelitos a la misma puerta de las expendedorías oficiales, y, con dar un paso, se evitarían los compradores el sobreprecio. Además, las garantías serían mayores. Sin embargo, numerosa es la clientela de los ciegos, mujeres escuálidas, chiquillos esmirriados, que despachan décimos con aceptación. Y cuenta que yo no digo que no esté bien (aunque hoy se discute mucho la tesis) socorrer en la calle a tanto desdichado. Lo que quiero significar es que bien se puede socorrer a toda la humanidad y comprar los décimos en la expendedoría.

Pero mucha gente no piensa como yo. Tal vez, con superstición que no repruebo, piensa que el pequeño acto benéfico realizado al adquirir el número, puede contribuir, por misterioso modo, a que salga premiado. No hay por qué combatir tan inocente y hasta simpática idea. Mil modos existen de perseguir la ilusión. Y en esto de la lotería, es ilusión casi todo. Y por ser ilusión (lo más necesario), hay que perdonar a ese juego que tan severamente califican muchos, y que yo miro con suma indulgencia.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



EL RAMO DE SIEMPREVIVAS, POR JUAN B. ENSEÑAT, dibujo de Luisa Vidal



Abrióse una puerta y apareció una joven esbelta, vestida de negro...

Hacia ya cuatro años - cuatro siglos para la memoria - que, en una regata crucero Barcelona-Sitges, había zozobrado el yate *Ariete 2.º*, tripulado por dos íntimos amigos, los jóvenes sportsman Luis Barta y Manuel Senties, pereciendo este último.

Aquel naufragio tuvo otra víctima: el anciano padre de Manuel, para quien se había roto el último lazo que le unía al mundo, sucumbió tres meses después a la mortal herida de su corazón y a la nostalgia de la vida futura, en que sus creencias le representaban a su hijo único esperándole.

Otra herida incurable había producido la muerte del naufrago en el corazón de su prometida esposa, Margarita Palmer, que después de haber agotado las lágrimas de su dolor, lágrimas ostensiblemente vertidas sin contemplaciones sociales, era considerada por todo el mundo como una viuda inconsolable, consagrada al recuerdo del difunto, retraída en su viudez espiritual como en una fortaleza que cerraba sus puertas a los pretendientes futuros.

Margarita había quedado sola en el mundo con su hermana Julia, y las dos huérfanas poseían apenas lo necesario para vivir con decoro y aliviar algunas miserias.

Desde la muerte de su compañero, Luis Barta no había vuelto a ver a las señoritas Palmer, que dos años antes de los sucesos que vamos a referir habían perdido a su madre, y vivían ahora retiradas en una casita de San Gervasio.

El recuerdo del naufragio era para Luis tan doloroso, que éste huía instintivamente de todo lo que podía recordárselo. No porque fuese egoísta, sino porque temía la acción disolvente de las tristezas inútiles.

Aunque iba a cumplir treinta años sin haber tenido ningún amor serio, no estaba dispuesto a morir

célibe. Pero esperaba, para casarse, una ocasión propicia, persuadido de que, así como el amor fuera del matrimonio es una cadena, el matrimonio sin amor es un cautiverio.

Todos sus amigos eran ya padres de adorables criaturas. Sólo uno permanecía soltero: Eladio Llobera, el único capaz de llenar el vacío dejado en el corazón de Luis por la desaparición de Manuel.

No es pues de extrañar que Barta experimentase una viva emoción, mezcla de angustia y de celos, cuando Eladio le dijo bruscamente, una tarde, en el café:

- He de hacerte una confesión: estoy enamorado... y resuelto a casarme.

- ¡Enamorado!.. ¿Casarte?..

- Sí... ¡Con qué expresión tan lúgubre recibes mi confidencia!

- Es que acabas de despertar en mí un doloroso recuerdo. La última confesión de amor que recibí, fué seguida de una espantosa desgracia. La muerte me arrebató uno de mis mejores amigos; el matrimonio va a privarme de otro... Vamos .., cuenta, ¿de quién estás enamorado?

- De una desconocida.

- ¡Novela tenemos! Cuidado, Eladio, las novelas tienen a menudo un desenlace dramático.

- Mi aventura, si tal puede llamarse, no tiene nada de novelesca; es la cosa más natural y sencilla del mundo. Durante estos últimos meses, he encontrado con frecuencia en la calle, en el tranvía y sobre todo, los domingos, en la parroquia de Jesús, a una joven rubia, bonita, seria, distinguida, de una elegancia discreta, encantadora... Cada vez, nuestras miradas se han cruzado. Ella me reconoce de lejos y sus mejillas se tiñen de rubor. Yo la presiento antes de verla, y mi corazón late más presuroso. In-

dudablemente la amo, y he creído llegado el momento de averiguar quién es, de saber si no le soy indiferente y si nuestra unión es posible. Mañana sabré su nombre.

- ¿Tienes agentes secretos?

- Al principio, hace unos diez meses, no sospechando que esta joven llegaría a interesarme a tal extremo, me contenté con los encuentros casuales, y por discreción me abstuve de seguirla. Más tarde, cuando hubo notado mi asiduidad en frecuentar los mismos sitios que ella, no quise precipitar aquel amor naciente, y seguí confiando al azar el cuidado de ponernos en presencia uno de otro. Esto tenía para mí un encanto singular. Sin hablarnos nos comprendíamos y no dejábamos de acudir a nuestras citas, nunca dadas, sino adivinadas siempre.

- Esto tiene todo el embeleso de un idilio.

- La acompaña una señora algo madura, pero muy guapa, amiga o parienta lejana. Nuestras miradas son cada vez más elocuentes; después de cada separación, me siento sumido en una profunda tristeza; todo lo que no guarda relación con ella me resulta indiferente...

- Los síntomas son mortales: estás enamorado, y opino, como tú, que es hora de que os pongáis al habla.

- La cosa es inminente.

- ¡Ah! ¡Vamos! Explícame...

- Conoces a Emilio Pons...

- ¿El que fué compañero nuestro de colegio?

- El mismo. Hace ocho días, lo encontré en la calle y se empeñó en llevarme a su casa para enseñarme una colección de estampas que iba a mandar a un tío suyo. Vive en una torre de San Gervasio. Me estaba enseñando las estampas, una por una, en el balcón, cuando precisamente la más hermosa se me cayó de las manos, yendo a parar a la calle.

- ¡Qué torpeza!

- Esto dijo él; pero yo hubiera querido verte en mi lugar. El balcón de enfrente acababa de abrirse...

- ¡Y se te había aparecido ella!

- En efecto. Pons bajó a recoger la estampa. Quedé solo y tuve la presencia de espíritu para saludarla discretamente con una inclinación de cabeza. Ella se puso más encarnada que nunca, se retiró lentamente y cerró el balcón. Te ríes. Amigo mío, estas emociones no se explican con palabras. Si te dijera que todo el cielo había descendido en mi corazón, mi frase te parecería pretenciosa. Sin embargo, así fué. Iba yo a cometer una indiscreción; pero dueño otra vez de mí mismo, resolví no revelar nada a Emilio antes de estar absolutamente seguro

de ser amado. «Ven a mi casa, le dije, y te enseñaré a mi vez una colección de preciosas acuarelas.» Y desde aquel día, con una multitud de pretextos diplomáticamente inventados por mí y servidos por la amabilidad de nuestro camarada, nos hemos hecho inseparables. Es el muchacho más servicial del mundo.

— ¿Y yo?, protestó Luis.

— Tú no tienes un balcón frente a la casa de ella.

Así es que eres el segundo en recibir mis confidencias. Pons lo sabe todo y mañana, domingo, por la tarde, habrá tomado los informes que no podía recoger yo mismo.

— De modo que ya estás seguro de que te ama.

— Como si me lo hubiese declarado. Hay miradas y acciones más elocuentes que las palabras.

— Has hecho que me entrasen ganas de verla.

— Acompáñame mañana a misa y te la enseñaré.

— Iremos.

Al día siguiente, minutos antes de las doce, Llobera, acompañado de Barta, penetró en la iglesia de Jesús, llena de fieles, avanzó hasta la segunda capilla de la derecha y buscó con los ojos a su amada, que no tardó en descubrir delante de la capilla opuesta.

— ¡Allí está!, murmuró al oído de Luis, designándosela con la vista; es la que lleva un ancho sombrero negro con una gran pluma blanca, y se sienta en este momento al lado de su amiga, vestida de azul oscuro con toca granate.

Pero Luis, muy pálido, se había apoyado en el brazo de su amigo, balbuceando involuntariamente a su oído:

— ¡La novia de Manuel!

La muchacha se había puesto lívida al ver al compañero de Eladio.

Llobera arrastró nerviosamente a Luis fuera del templo y, al llegar al atrio:

— ¿La novia de Manuel?, le preguntó frenético. ¿Qué significa? ¡Explícate!

Barta no había podido dominar aún su emoción. Sus labios se negaban a hablar. La catástrofe del *Ariete* acababa de ser nuevamente evocada en su memoria con el horror de siempre, y además, ahora, con un perjurio por epílogo. ¿Qué decir a Eladio? Aquella joven, que había pedido un ramo de siemprevivas de una de las coronas fúnebres de Manuel, para conservarlo como reliquia y como emblema de su amor imperecedero, estaba dispuesta a trocar veleidosa y aquellas inmarcesibles flores, aquel símbolo de fidelidad eterna, aquella sagrada reliquia por un ramo de boda. Luis compadeció a sus dos amigos, al vivo y al muerto, y maldijo a la perjuradora. ¡Ah! El amor de las mujeres, ¿no era más que eso? ¿Su gran eternidad duraba cuatro años para las más fieles, ocho días para las veleidosas? ¿Bastaba tan breve plazo para que se desatara el lazo de las almas y hasta se borrara su recuerdo bajo un nuevo amor tan efímero, sin duda, como el primero?

— ¡Luis!, insistió Eladio; espero que me expliques... ¿Te refieres a Manuel Senties, el que pereció en el naufragio del *Ariete*, que tripulaba contigo?

— Sí.

— ¿Y dices que esa muchacha fué su novia?

— Sí.

— ¿Cómo se llama?

— Margarita Palmer.

— ¡Ah! ¿Y crees que le amó... de veras?

— Sé que le lloró mucho.

— Cuéntame esa historia..., sin omitir nada... Fíjate en tu lealtad. Necesito saberlo todo.

Luis habló sin reserva alguna, creyendo cumplir con ello un deber de amistad, y después de haber referido los amores de Senties con Margarita, sin olvidar el detalle del ramo de perperuas, dijo:

— Todo lo cual no le impide ser una chica honrada. ¿Qué importa que haya amado a Senties, si él murió? ¿Por qué no habías de casarte con ella?

— ¿Te casarías tú?

— Sí.

— Pues yo no. Diferimos de sentimiento. Esta visión va a desvanecerse. Margarita ya no existe para mí. ¿Puede hacer que su amor no haya hecho feliz a otro hombre? El amor verdadero está tan celoso del pasado como del presente y del porvenir. Con la muerte del novio enviuda el alma de la prometida esposa. ¡Ya todo se acabó!



Barcelona. Salón Parés. — Melancolía, cuadro de José M. Recoder. (De fotografía de F. Serra.)

— Eres demasiado absoluto. Es posible que Margarita te ame.

— No tanto como a la memoria de Senties.

En vano objetó Luis que hay muchísimos maridos que son muy felices con mujeres que han tenido varios novios o con viudas que hicieron la felicidad del primer esposo; Eladio declaró que no quería sufrir toda la vida la rivalidad de un muerto. Pero añadió, vivamente emocionado:

— ¡Y si hubieses padecido un error!..

— Es posible, repuso Luis para calmarlo, antes de separarse de él. Un recuerdo de cuatro años es indeciso... No desesperes...

Aquel mismo día, por la tarde, Eladio se encaminó hacia la casa de su amigo Pons con quien estaba citado para recibir los informes que éste se había encargado de recoger sobre su vecina de enfrente. En pocas horas, las ideas habían evolucionado mucho en su mente. Ya buscaba componendas con su manera de comprender el matrimonio que tan absoluta y única le parecía por la mañana. Trataba de excusar a aquella muchacha que sin embargo no había cometido nada de inexcusable, y se acusaba a sí mismo de haberse hecho amar. Después de muchas vacilaciones optó por comprobar la revelación de Luis, con el alma acariciada por una esperanza fugitiva.

Serían las cinco cuando llegó a casa de Pons.

— Tengo una gran noticia que darte, le dijo éste. Te esperan, esta tarde, en casa de la señorita Palmer.

— ¡Palmer! Entonces no se ha equivocado Luis, profirió tristemente Eladio.

— ¡Ah!, replicó Emilio, ¿tenías dos agentes? No importa, mis informes son seguramente más completos y más recientes que los de Barta. ¿Te ha dicho también que te esperan enfrente? Estoy encargado de comunicártelo.

— ¡Déjate de bromas!

— Hablo con formalidad. Pero dime, ante todo, ¿por qué has dado pena a la muchacha? Parece que ha llorado largamente a su regreso de misa.

— ¿Que yo le he causado una pena? ¡Habla!

— Pues escucha. Las vecinas de enfrente son dos hermanas huérfanas, una de veinte años y otra de veinticuatro. Viven modestamente, sin criada...

— ¡A lo principal!

— Después de la comida, ha sorprendido a mi

madre la visita de la señora que suele acompañarlas. Después de excusarse y de suplicar que yo fuese llamado a la entrevista, se ha expresado en estos o parecidos términos: «Señora, vengo confiadamente a someter a ustedes un caso difícil. Tengo una amiga que ama a un amigo de usted. ¿No es natural que procuremos hacerlos felices? — Muy natural», contestó mi madre; y yo hice una señal afirmativa. «La muchacha se ha estado llorando largo tiempo, a

nuestro regreso de la misa, sin querer decirme la causa de su llanto. Hace un año que ese amor se manifiesta, por una y otra parte, con suspiros demasiado platónicos. ¿No les parece a ustedes que ya es hora de poner término a esa situación? — Efectivamente», opinó mi madre. Pero ¿a qué detallarte la entrevista que ha durado una hora, y cuyo relato durará otro tanto, cuando te están esperando enfrente? Porque yo he manifestado que te esperaba a las cinco, y he dado mi palabra de enviarte en seguida a dilucidar la solución que exige imperiosamente el tácito compromiso contraído por vuestras miradas y por vuestros corazones en mutua combustión.

Minutos después, Eladio llamaba a la puerta de las señoritas Palmer. Le abrió la amable negociadora, que, sin darle tiempo de pronunciar una palabra, le hizo pasar al salón. Sentóse con la garganta seca, avergonzado de haber venido para pedir explicaciones que no tenía derecho a exigir, temeroso de que le interrogaran sobre el motivo de su visita.

— Caballero, dijo ella, le suplico que juzgue con indulgencia lo que he hecho por mi amiga... y también por usted. Nada me entristece tanto como las penas de las personas a quienes tengo afecto, y no hay sacrificio que yo no hiciera por verlas alegres y dichosas. ¿Me he excedido al querer ayudar a ustedes a hacer la experiencia de la felicidad?

— Señora, contestó Eladio recobrando su aplomo, lo que yo deseo sobre todo es no hacer ninguna experiencia. Sin la intervención de usted, no me hubiera atrevido a presentarme aquí. Pero no quiero retirarme sin haber agotado toda la franqueza. ¿La señorita Palmer no ha amado a otro hombre? Yo la adoro, pero si es verdad lo que me han contado de ella, nuestra felicidad es imposible.

— ¡Dios mío! ¿Qué le han contado?

Llobera repitió la historia de Manuel Senties, y terminó diciendo con lágrimas en los ojos:

— Ya ve usted, señora, que sería una locura toda pretensión de hacer olvidar semejante primer amor. He aquí por qué su amiga ha llorado después de haberme visto con Luis Barta. La sola presencia del antiguo compañero de su novio ha bastado para reanimar bajo las cenizas el fuego de su amor.

— ¡Cruel error, que ha debido hacerle sufrir mucho!

— ¡Error! Entonces, ¿qué significa esto?, replicó Eladio, señalando un ramito amarillento colocado sobre el piano, entre dos fotografías. ¡Ah! No siga usted negando. Este culto a la memoria del muerto...

No tuvo tiempo de terminar la frase. Abrióse una puerta y apareció una joven esbelta, pálida, vestida de negro, que no era la amada de Eladio, pero que se le parecía de un modo prodigioso.

— Caballero, dijo con inefable dulzura, este retrato es el mío. Mi hermana Julia se parece hoy tanto a lo que era yo hace cuatro años, que al contemplarla se me figura verme a mí misma a su edad.

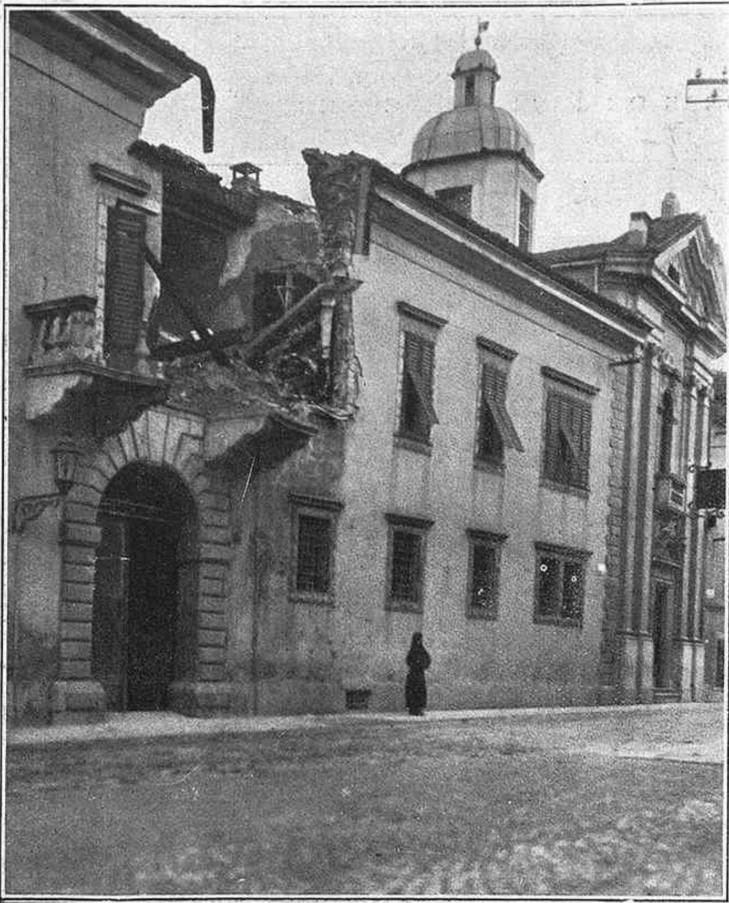
— Señorita, replicó Llobera con voz temblorosa, puesto que usted es la mayor, le ruego me permita hacer a su hermana Julia las excusas que le debo.

Tres meses después, Julia y Eladio se unían en matrimonio, siendo padrinos Luis Barta y Emilio Pons. Todo el mundo estaba alegre, excepto la inconsolable Margarita, cuyos grandes ojos, en aquel fausto día, más de una vez se inundaron de lágrimas.

BARCELONA. SALÓN PARÉS. - EXPOSICIÓN DE OBRAS DE JOSÉ M. RECODER



(De fotografías de F. Serra.)



En el teatro de la guerra austro-italiano. — La residencia del obispo en Goricia

Teatro de la guerra de Occidente. — En la región de Verdún continúa con intensidad la lucha de artillería, habiendo disminuído considerablemente los combates de infantería. Los franceses dicen que el frente comprendido entre el saliente del bosque de Avocourt y el pueblo de Malancourt ha sido atacado por los alemanes, los cuales consiguieron ocupar la parte Sudeste del primero y poner el pie en el pequeño cerro de Haucourt, situado a un kilómetro al Sudeste del segundo, pero no lograron avanzar más, pues todas las tentativas para ello han sido contenidas.

En Woevre, han rechazado ataques en el bosque de Le Prétre y contra las trincheras de Croix des Charmes; en Boesinghe (Bélgica), han rechazado otro ataque; y en el Argona, en Vauquois, han arrojado por medio de un contraataque al enemigo que había llegado hasta la primera línea.

Los alemanes dicen que han atacado todas las posiciones sólidamente construídas por los franceses en Avocourt y en el bosque situado al Nordeste del mismo; que después de haber despejado el campo de batalla al Nordeste de Avocourt, se han apoderado de nuevas trincheras fuera de la región de los bosques; que han tomado los puntos de apoyo que tenían los franceses al Sudoeste de Haucourt y ocupado algunas trincheras al Oeste del mismo, y que han rechazado el avance de algunos destacamentos ingleses al Sur de la Boiselle.

En distintos puntos del frente ha habido también reñidos duelos de artillería, explosiones de minas, etc.

Teatro de la guerra de Oriente. — La lucha ha alcanzado extrema violencia en algunas regiones de este frente, especialmente en la de Jacobstadt, en donde los rusos han desarrollado una vigorosa ofensiva. Los rusos han ocupado un pueblo y varias trincheras entre los lagos Narotch y Wisniev; dos pueblos y varios bosques en la región de Jacobstadt, han desalojado a los alemanes de los bosques que cubren la región de Bliznick y Mokritza, entre los dos lagos citados; han tomado una trinchera al Oeste de Dvinsk; han logrado, durante un encarnizado combate, romper todas las alambradas enemigas del sector de Klipa, al Noroeste del lago Sekly; han tomado varias trincheras y la cabeza de puente de Mikhaltche; y han rechazado ataques al Sur del lago Drisviat, en donde los alemanes han conseguido, sin embargo, recuperar algunas trincheras perdidas; en la región de Tresenz, al Sudoeste del lago Narotch, en la región de Dvinsk, cerca de Augustinof, en la región del ferrocarril de Mittau y en la región del Strypa en donde desemboca el Dniéster.

Los alemanes han rechazado numerosos ataques en la región de Jacobstadt, al Sur de Riga, en el frente del Dvina, al Noroeste de Postavy, entre los lagos Narotch y Wisniev, en Friedrichstadt, al Sudoeste de Vidsy, al Norte del ferrocarril de Mittau y al Sudoeste y al Sur de Dunaburg; han reconquistado al Noroeste de Jacobstadt algunos puntos de observación de la artillería que habían perdido; y han trasladado cien metros atrás una posición muy avanzada al Sur del lago Narotch para evitar ser cogidos entre dos fuegos.

Los austriacos han evacuado, después de una reñida lucha, la cabeza de puente de Uciesco y han rechazado varios ataques en el frente del Strypa y en la región de Kornim.



Casa destruída en Goricia

ron en dirección a Zeebrugge, siendo alcanzados dos de ellos; según la versión procedente de Berlín, el combate se trabó entre tres torpederos alemanes y una división inglesa de cinco destructores y aquéllos hicieron blanco varias veces en éstos, los cuales suspendieron la lucha alejándose a toda máquina, habiendo sufrido, por su parte, daños insignificantes.

La guerra aérea. — Cuatro hidroaviones alemanes han bombardeado algunas poblaciones de la costa Este de Inglaterra, entre ellas Dover, Deal y Rámgate, causando varios muertos y heridos y algunos daños materiales.

Varia. — Han dimitido por motivos de salud el ministro de la Guerra francés general Gallieni y el ministro de Marina alemán almirante Tirpitz, habiendo sido reemplazados respectivamente por el general Roques y el almirante Capelle.

El día 21 del próximo pasado llegó a París el príncipe regente Alejandro de Serbia acompañado del Presidente del Consejo de Ministros serbio Sr. Pachitch y de otros personajes de su corte. Recibieron a su llegada el Presidente de la República francesa, el presidente del gobierno Sr. Briand y los ministros de la Guerra y Marina, y después de cambiados los saludos de rúbrica, el príncipe y el Sr. Poincaré se dirigieron en automóvil al hotel donde se aloja el primero, siendo objeto de las más entusiastas manifestaciones de simpatía por parte de toda la población parisiense. Por la tarde fué oficialmente recibido por el Presidente de la República en el Elíseo y por la noche obsequiado por el mismo con una comida íntima. Al día siguiente asistió a un almuerzo de gala dado en su honor en el Elíseo, y el día 23, a una recepción en el Ayuntamiento.

LA GUERRA EUROPEA. (De fotografías de Az Ezt.)

Italianos y austriacos. — Los italianos se han apoderado del contrafuerte de Sas di Merodi y de las localidades de Bellard y Ruaz; han detenido avances enemigos en el frente de Roveretto y en la altura de Goricia; han rechazado ataques en el valle Sugana, en la cuenca del Plezzo, en Mrzli y en el valle Terragnolo, y han desalojado mediante contraataques al enemigo que había logrado penetrar en algunas trincheras avanzadas de la cuenca del Plezzo.

Los austriacos han incendiado las posiciones enemigas en la altura de Podgora, en la cabeza de puente de Goricia; han penetrado en las posiciones italianas al Este del paso de Plocken; han tomado unas posiciones en Rombon y al Sur de Mrzli, rechazando varios ataques contra las mismas; y han rechazado ataques en Mrzli, en Kon y cerca de Marter en el valle de Sugana.

En los Balcanes. — Tropas francesas han rechazado algunos destacamentos germano-búlgaros que habían atravesado la frontera griega.

Según un parte del Almirantazgo inglés, los alemanes han iniciado la ofensiva en la región de Doiran, resistiendo los franceses con éxito el ataque. El mismo parte añade que el gobierno griego hace todo lo posible para activar la evacuación de la población civil de la zona de combate, especialmente de Ghevgheli.

La guerra naval. — En el Adriático, un submarino austriaco ha echado a pique al torpedero francés *Renaudin*, de 800 toneladas.

En las costas belgas ha habido una escaramuza entre varios contratorpederos ingleses y tres contratorpederos alemanes. Según la versión del Almirantazgo inglés, los barcos alemanes, al verse descubiertos, huyeron.

El príncipe Alejandro, acompañado del Presidente de la República y del general Joffre, ha visitado algunos puntos del frente francés, entre ellos los de la región de Verdún, en donde felicitó a las tropas que tan valerosamente han resistido la enérgica ofensiva de los alemanes e impuso condecoraciones servias a varios oficiales y soldados.

También ha sido objeto de un entusiasta recibimiento en París el general Cadorna, generalísimo de los ejércitos italianos, en cuyo honor se han celebrado un banquete en el Ministerio de Negocios Extranjeros y otro en la embajada italiana. El general, después de haber visitado el cuartel general francés, partió para Londres, de donde regresó a la capital francesa a fin de tomar parte en la conferencia de los aliados.

París. La conferencia de los aliados. — Para tratar de importantes cuestiones militares, diplomáticas y económicas relacionadas con la guerra se han reunido en París los siguientes representantes de las naciones aliadas:

De Francia: señores Briand, presidente del Consejo de Ministros; general Roques, ministro de la Guerra; almirante Lacaze, ministro de Marina; Bourgeois, ministro de Estado; general Joffre, general en jefe de los ejércitos franceses; general Castelnau, jefe del Estado mayor general; Thomas, subsecretario de Estado de las municiones; y Cambón, secretario general del ministerio de Negocios Extranjeros.

De Bélgica: señores barón de Broqueville, primer ministro; barón Beyens, ministro de Negocios Extranjeros, y general Vielmans.

De Inglaterra: señores Asquith, primer ministro; Grey, ministro de Negocios Extranjeros; Kitchener, ministro de la Guerra; Lloyd George, ministro de municiones; Bertie de Thame, embajador de Inglaterra en París; general Robertson, jefe del Estado mayor imperial.

De Italia: señores Salandra, presidente del Consejo de Ministros; Sonnino, ministro de Negocios Extranjeros; Tittoni, embajador de Italia en París; general Cadorna, general en jefe de los ejércitos italianos; general Dall'Olio, secretario de Estado de municiones.

Del Japón: señor Matsuf, embajador en París.

De Portugal: señor Chagas, ministro en París.

De Rusia: señores Isvolsky, embajador en París; y general Gilinsky, representante del ejército ruso en el cuartel general.

De Servia: señores Pachitch, primer ministro; Yovanovitch, ministro adjunto de Negocios Extranjeros; Vosnitch, ministro de Servia en París, y general Rachitch, representante del ejército serbio.

La conferencia celebró dos sesiones y en las resoluciones adoptadas se afirma la entera comunidad de propósitos y la solidaridad de los aliados, se confirman todas las medidas para realizar la unidad de acción en la unidad de frente, se expresa la inquebrantable voluntad de proseguir la lucha hasta la victoria de la causa común, se encarga a la conferencia económica que se celebrará próximamente en París la adopción de las medidas necesarias para poner en práctica la solidaridad de miras e intereses en el terreno económico, y se acuerda la creación de un comité permanente que residirá en París en el que estarán representadas todas las naciones aliadas.



El patio del Museo de Goricia

LA GUERRA EUROPEA. - LA CONFERENCIA DE LOS ALIADOS
(Fotografías de Branger, Chusseau-Flaviens y Rol.)



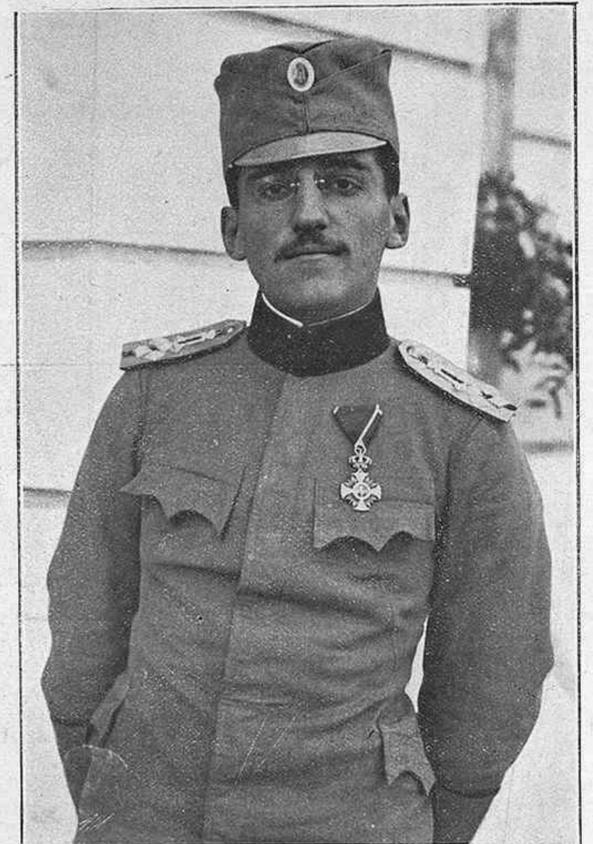
El general Cadorna,
generalísimo de los ejércitos italianos



Llegada del general Cadorna a París. - El público rompe la barrera que forman los agentes de orden público para rodear el coche que conduce a los generales Cadorna y Joffre, a los cuales aclama con entusiasmo



El príncipe regente Alejandro de Servia en París. - El Presidente de la República dándole la bienvenida a su llegada a la estación



El príncipe regente Alejandro de Servia



El general Cadorna saliendo del Ministerio de Negocios Extranjeros, después de la recepción celebrada en su honor. - El Presidente del Consejo de Ministros francés Sr. Briand despidiéndose del generalísimo Joffre y del ministro de la Guerra general Roques, después de la recepción celebrada en el Ministerio de Negocios Extranjeros en honor del general Cadorna



En la fuente



María y Miguel. (De fotografías de F. Serra.)



Tipos portugueses. - El maestro armero de Villaboim

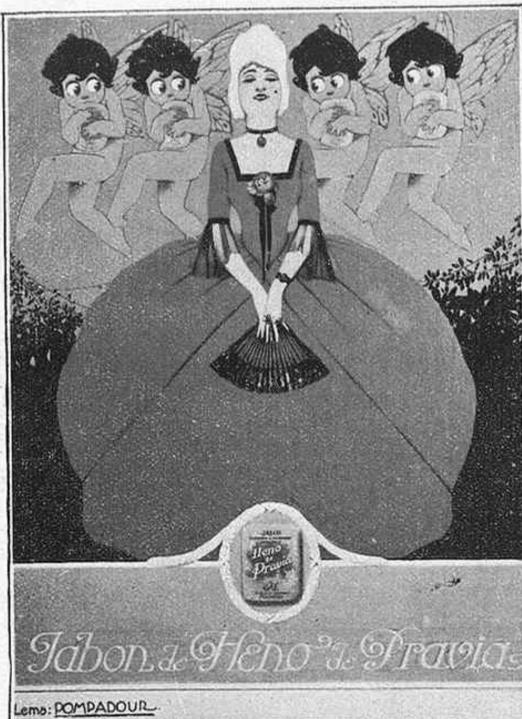


La paz del campo. (De fotografías de F. Serra.)



Cartel original de Salvador Bartolazzi

BARCELONA. CÍRCULO ARTÍSTICO
CONCURSO DE CARTELES ANUNCIADORES
DEL JABÓN HENO DE PRAVIA, DE LA CASA GAL
LOS CARTELES PREMIADOS



Cartel original de Federico Riba



Cartel original de Rafael Penagos. (Fotografías de A. Merletti.)

BARCELONA. - CONCURSO DE CARTELES

El concurso de carteles anunciadores del Jabón Heno de Pravia de la casa Gal ha tenido un éxito verdaderamente extraordinario, así por el número de obras que se han presentado como por su mérito. Los salones del Círculo Artístico, en donde se han expuesto los carteles presentados, se han visto muy concurridos, siendo unánime la opinión de que este concurso ha sido uno de los más importantes de cuantos se han celebrado con objeto análogo.

Los tres carteles que reproducimos han obtenido los tres premios de 1.000 pesetas cada uno.

MADRID. - S. M. LA REINA D.^a VICTORIA EN EL ASILO DE SAN RAFAEL.

Hace pocos días S. M. la Reina D.^a Victoria visitó el Asilo de San Rafael, que los religiosos de San Juan de Dios tienen en la carretera de Chamartín para niños anormales.

La augusta dama, después de oír una Salve que se cantó en la capilla, recorrió la galería en donde estaban formados los niños, que la acogieron con entusiasmas vítores; luego visitó la sala de enfermos, la de operaciones y otras dependencias, y finalmente pasó al salón de actos, en donde se celebró una pequeña fiesta, terminada la cual le fueron entregados a S. M. un álbum, recuerdo de la visita, y un ramo de flores. La Reina dispuso que se diese, por su cuenta, una merienda extraor-



Madrid. - S. M. la Reina D.^a Victoria en el Asilo de San Rafael para niños anormales. (Fotografía de J. Vidal.)

La benemérita entidad Círculo de Sans, que tan importantes campañas artísticas ha realizado, ha dedicado este año una interesantísima al teatro catalán, poniendo en escena conocidas obras de nuestros más celebrados dramaturgos y estrenando otras de autores noveles. Como final de esta campaña se ha celebrado un festival literario-musical y unas representaciones extraordinarias, en la última de las cuales el presidente del Círculo y aplaudido actor aficionado señor Drets recitó magistralmente el monólogo de Guimerá *Mestre Olaguer*. Terminado éste, le fué entregado al Sr. Drets un artístico pergamino en el que numerosos amantes del teatro catalán le dedicaban a él y al Círculo de su presidencia un tributo de gratitud.

Completó el homenaje un banquete, al que asistieron unos doscientos comensales, figurando entre ellos, además del homenajeado Sr. Drets, Apeles Mestres, Ignacio Iglesias, Adrián Gual, los concejales Sr. Durán y Ventosa, Balañá y Vila Mariages, el diputado Sr. Corominas y otras distinguidas personalidades.

Al final pronunciaron elocuentes brindis los Sres. Mestres,



Barcelona. Homenaje al Círculo de Sans por la campaña que ha realizado en pro del teatro catalán. D. Juan Drets, presidente del Círculo. (De fotografía de Amer.) - Banquete celebrado en honor de la Junta Directiva. (De fotografías de Ballell.)

dinaria a los niños durante tres días, y se retiró muy complacida de su visita y haciendo grandes elogios de la obra que los hermanos de San Juan de Dios realizan en el asilo.

Iglesias, Corominas, Durán, Gual, Tarragó y Balañá, ensalzando todos la labor llevada a cabo por el Círculo, y el Sr. Drets agradeciendo el homenaje.

LA DAMA DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS

NOVELA ALEMANA ORIGINAL DE EUGENIA MARLITT, PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

»Es verdad que esta habitación está desierta, pero en cambio está silenciosa y este piadoso silencio es una verdadera delicia para un alma lacerada, después de haber oído tantas frases triviales de consuelo.



- ¿Me das de ello tu palabra?, dijo tendiéndole la mano

- Algunas palabras ha habido también que expresaban un sentimiento sincero, replicó Herberto. Comprendo que el gentío que hoy ha invadido esta casa y la ostentación de tanta pompa hayan sido un tormento para tu corazón; mas no debes olvidar que nuestro pobre muerto dió siempre, en vida, gran importancia a estas manifestaciones públicas, de manera que las ceremonias mortuorias se han ajustado enteramente a su modo de pensar. Y esto puede servirte de consuelo, Margarita.

Calló un momento vacilante, como si esperase alguna palabra de labios de su sobrina; pero en vista del silencio de ésta cogió de nuevo el sombrero que había dejado sobre una silla y prosiguió:

- Voy a la estación a recibir a tío Teobaldo. Él sabrá mejor que nosotros consolar tu dolor; por esto me alegro de que venga... ¿Pero es cierto que te irás con él a Berlín, según me ha dicho mi padre?

- Sí, es preciso que me vaya, contestó Margarita emocionada. Hasta el presente no había sabido apreciar lo dichosa que he sido en este mundo... ¡Qué quieres! La felicidad, cuando la gozamos, nos parece la cosa más natural del mundo, como el acto de respirar en el que nos fijamos apenas... Ahora ha caído por vez primera sobre mí una gran desgracia, para la cual no estoy preparada y entre la cual me encuentro, por consiguiente, sin saber qué hacer. Y esta desgracia ejerce sobre mí un poder terrible.

Mientras esto decía habíase ido acercando involuntariamente a Herberto, quien pudo ver cómo el dolor penosamente contenido se reflejaba en su semblante.

- ¡Es espantoso tener que moverse siempre dentro de un mismo orden de ideas!, prosiguió diciendo. Y sin embargo para desechar estas ideas no me siento con fuerzas bastantes, y me encoleriza que alguien quiera distraerme de ellas... Y así será mientras permanezca aquí; por esto es necesario que parta. Tío Teobaldo tiene trabajo para mí, precisamente ahora está haciendo un nuevo catálogo; y este trabajo que requiere mucha atención me substraerá a mis tristes pensamientos.

- Además, las personas de allí te son simpáticas...

- ¿Más simpáticas que el abuelo y que tía Sofia? ¡No, esto jamás!, replicó vivamente Margarita. Mi temperamento y mi carácter son demasiado iguales a los suyos para que nadie pueda abrir brecha en el cariño que a ellos me une.

- Tu abuelo y tía Sofia no son, sin embargo, los únicos parientes que aquí tienes.

Margarita no contestó.

- ¡Ay de los que ahogan sus sentimientos!, continuó diciendo Herberto sonriendo amargamente. De ellos darán con facilidad cuenta los berlineses. Los nobles de Pomerania o de Mecklemburgo o de donde sea, pueden dejar tranquilas sus espadas de caballeros.

Interrumpióse un momento e involuntariamente se sonrojó ante la mirada que le dirigió Margarita. Después prosiguió:

- Perdóname; comprendo que en esta triste ocasión no debiera haber abordado este asunto.

- Sí, en estos instantes de dolor es una crueldad recordarme un rostro eternamente risueño, dijo la joven con viveza. Ahora comprendo por vez primera, cuán fastidiosos pueden parecer los que sufren a los seres indiferentes bien hallados con la vida. El que padece, siéntese como anonadado por su dolor, mientras el dichoso se yergue a su lado tranquilo, satisfecho y en la expresión de su semblante se lee claramente: «¿Y a mí qué se me da de todo esto?» Así estaba hoy junto a mí, delante del ataúd de mi padre la señorita del palacio del príncipe, altiva, hermosa, fría. El perfume penetrante que llevaba, casi me quitaba la respiración y el incesante roce de su larga cola sobre el suelo excitaba mis nervios lo que no es decible... De buena gana la habría apartado violentamente de mi lado.

- ¡Margarita!, exclamó Herberto, mirándola de un modo extraño y cogiéndole la mano que ella retiró en seguida.

- ¡Oh, tranquilízate, tío!, dijo la joven amargamente. Todavía conservo una cierta dosis de buenos modales. Y cuando vuelva...

- ¿También dentro de cinco años?, preguntó Herberto interrumpiéndola y clavando en ella una mirada ansiosa.

- No, el abuelo quiere que vuelva pronto; así es que regresaré a fines de diciembre.

- ¿Me das de ello tu palabra?, díjole Herberto vivamente y tendiéndole de nuevo la mano.

- ¿Y a ti qué te importa que vuelva antes o después?, preguntó Margarita encogiéndose de hombros y fijando sorprendida en él sus ojos llenos de lágrimas.

Pero al mismo tiempo dejó por un instante las heladas puntas de sus dedos en la mano de su tío.

Hacia rato que en la calle esperaba el coche que debía conducir a la estación a Herberto, cuando la señora consejera, después de haber dado un vistazo al gran salón, ipúsose a inspeccionar la serie de habitaciones que daban a la galería.

Con su vestido de luto, liso y de lana, parecía aún más pequeña de lo que era, y la toquilla de crespón negro que cubría su cabeza hacía resaltar la delgadez de su ajado rostro, dándole el aspecto de una verdadera momia. Sus facciones, en aquel momento, reflejaban además de la expresión del duelo oficial y solemne, una especie de contrariedad involuntaria.

- ¿Cómo, todavía estás aquí, Herberto?, dijo desde la puerta de la estancia en que se encontraban su hijo y Margarita. Te has despedido tan de prisa de nuestros buenos amigos, que sólo pude hallar disculpa de tu precipitación en la necesidad que tenías de ir a recibir a Teobaldo. El coche hace rato que espera abajo, y sin embargo todavía estás aquí con nuestra niña que difícilmente prestará atención a tus palabras de consuelo... ¡Conozco bien a Margarita! Hijo mío, vas a llegar tarde a la estación.

Una leve e indefinible sonrisa asomó a los labios de Herberto; pero nada replicó a su madre y partió, mientras ésta cogía del brazo a su nieta para llevarla a su casa.

Allí, en la salita de la abuela, hacía un calorcito muy agradable y hervía la tetera, según decía la anciana en voz baja y con acento dolorido. Tío Teobaldo llegaría helado seguramente y una taza de té bien caliente le sentaría muy bien. Era una lástima que el buen señor no hubiese asistido a la fúnebre ceremonia de aquella tarde, pues nunca la casa de los Lamprecht se había visto honrada con tan ilustre concurrencia; en otras ocasiones y por motivos análogos habían acudido allí gentes muy respetables ciertamente; pero personas de la alta aristocracia

nunca; era aquélla la primera vez. ¿No constituía aquello el término más hermoso de una noble existencia, un término del cual hasta los mismos ángeles del cielo debían regocijarse?

XVII

Era llegado el invierno, un verdadero invierno de Turingia, de esos en que la nieve cae tan seguidamente sobre las montañas y los valles, que llega a sepultar casi enteramente las bajas casitas de las aldeas.

También en la pequeña ciudad situada a la entrada de la selva turingia había nevado copiosamente; todos los destrozos de la tormenta de octubre, todas las averías de las paredes, tejados y torres que habían sido cuidadosamente reparadas, y aun la misma techumbre reconstruida del departamento de embalaje de la casa de los Lamprecht, desaparecían debajo de la capa de nieve blanca y uniforme.

Y en la parte de fuera, delante de la verja dorada del monumento en que ocho semanas antes había sido enterrado Balduino Lamprecht, la nieve había formado un muro de alabastro que era un epitafio, pues parecía decir a los que por allí pasaban: «¡No os acerquéis! ¡Lo que hay detrás de mí nada tiene que ver con vosotros!...»

¡Solitarios durmientes! Uno tras otro habían ido entrando allí y seguramente cada uno de los antiguos jefes de la casa de comercio, al tener que separarse forzosamente de la querida razón social, había pensado en el momento del supremo tránsito: «Sin mí no podrá marchar.» Y sin embargo, la casa había marchado siempre; el tráfico de los negocios



Era llegado el invierno, un verdadero invierno de Turingia...

había llenado fácilmente el hueco y en los libros no había tenido que consignarse pérdida alguna.

De la misma manera habíase efectuado el último cambio sin el más pequeño trastorno.

Reinoldo era todavía menor de edad, pero había cumplido los dieciocho años y por consiguiente pronto debía ser declarado mayor.

Era ésta una mera formalidad cuya realización ni siquiera esperó aquél para ponerse al frente del negocio.

El joven comerciante, que pensaba como un comerciante viejo, empuñó las riendas de la casa a los pocos días de muerto su padre, y todo el mundo hubo de convenir en que tenía para ello sobradas condiciones.

El primer tenedor de libros y el contra maestre, a quienes provisionalmente se había confiado la dirección de los negocios, mientras Reinoldo llegaba a la mayoría de edad, vieron anuladas sus atribuciones y su voluntad ante la intervención directa de aquél; y como, por una parte, su acción directiva por mandato de la ley debía durar poco y por otra

temían el carácter irascible del heredero, apenas si hacían uso de sus atribuciones.

Y en cuanto a los demás empleados, así del escritorio como de la fábrica, se entregaban asustados y silenciosos a sus respectivas tareas así que veían aparecer al joven larguirucho y nervioso, de movimientos desgarrados, pero en cuyos ojos se reflejaba la dureza más resuelta y más implacable. El señor Lamprecht padre había sido también un hombre severo y raras veces había dirigido una palabra amable a sus subordinados; pero nadie había apelado nunca en vano a su justicia, y esto y la largueza con que pagaba a sus empleados y trabajadores, pues su divisa era «vivir y dejar vivir», habíanle conquistado, a pesar de su orgullo, el cariño de todos.

Aquella conducta de su padre era ahora duramente censurada por Reinoldo.

— Hay que poner coto a todo esto, decía; papá ha tirado mucho dinero; vivió como un potentado y nunca fué verdadero comerciante.

Y echando abajo las antiguas costumbres, introdujo desde el primer momento radicales reformas en la gestión de los negocios.

Margarita había llegado la antevíspera.

Tía Sofía, advertida de la hora de su llegada, había ido a recibirla en coche a la estación, y la señora consejera había condescendido en acompañarla a fin de recoger a la huérfana bajo sus alas protectoras de abuela.

Grande fué la sorpresa de la anciana señora cuando vió que con su nieta descendía del vagón su hijo, que, como delegado de la dieta provincial había permanecido algunas semanas en la residencia, y a quien no esperaba hasta el día siguiente.

Un asunto especial, dijo él sonriendo, habíale llevado por unas horas a la principal estación más cercana y allí había tenido la satisfacción de encontrar a su sobrina y de ser su acompañante y protector durante las horas de espera del tren de enlace...

La señora había reprochado con un movimiento de cabeza aquellas idas y venidas inútiles en tiempo de tanto frío; el «asunto especial», decía, habría podido resolverse cómodamente a su regreso, pero el ferrocarril da demasiadas facilidades a la gente para satisfacer cualquier capricho.

A la mañana siguiente muy temprano, según habían convenido, Herberto fué a buscar a Margarita en trineo, diciendo que había de ir a ver a su padre para hablarle de la hacienda que tenía arrendada y que ésta era para ella la mejor ocasión de ir a saludar al abuelo...

Y juntos habían emprendido la excursión por aquellos caminos cubiertos de nieve. El cielo era una masa compacta de nubes, y el viento helado soplabla con furia. El aire arrancó el velo que llevaba la joven; Herberto, sosteniendo las riendas con una mano, sujetó con la otra la gasa que el viento agitaba, soltóse el abrigo de pieles que llevaba y cubrió con él el cuerpo tembloroso de Margarita.

— Déjame hacer, dijo impasible abrigando bien a la joven que se resistía. Las hijas y las sobrinas pueden dejarse cuidar por sus padres o por sus viejos tíos, sin que por ello padezca su dignidad femenina.

Margarita, que había mirado de soslayo hacia el palacio del príncipe, hizo observar que desde allí podrían verlos.

— ¿Y qué?, replicó Herberto sonriendo. ¿Sería acaso algún mal? Esas señoras comprenderán que la persona que está a mi lado no puede ser otra que mi sobrina...

Sí, era verdad; la bella Eloísa estaba tan segura de su novio que no podía abrigar sobre él la menor duda.

Por la tarde, Herberto había vuelto a la residencia para asistir a una sesión última; y aquel día Margarita había tenido tanto que hacer, que hasta el siguiente no se sintió en plena posesión de sí misma.

Era domingo.

Tía Sofía y todos los criados, a excepción de Bárbara, habían ido a la iglesia; así es que en la casa reinaba una calma apacible que permitía a la recién llegada meditar sobre las impresiones que había recibido desde su regreso.

Estaba junto a la ventana y paseaba vagamente su mirada por la plaza del Mercado enteramente cubierta de nieve... No sólo en el exterior reinaba una temperatura glacial; también dentro de la casa era fría la atmósfera, como si flotaran en ella invisibles partículas de nieve...

En otros tiempos, había habido también a menudo épocas en que un espíritu sombrío vagaba por el viejo y querido hogar, en que la melancolía del amo

de la casa oprimía los ánimos de todos; pero aquello había sido únicamente el reflejo del mal humor de su padre, que casi siempre se lo pasaba en la soledad de su cuarto, sin que por ello se alterase todo lo demás que hacía grata la casa paterna. Su padre nunca se había mezclado en las tradicionales costumbres y prácticas domésticas, había dado siempre



Y juntos habían emprendido la excursión por aquellos caminos

el dinero a manos llenas y procurado el bienestar en su casa para los suyos y para los que le servían... ¡Cómo había cambiado todo esto!

Su sucesor, Reinoldo, estaba en aquel momento arriba, en su despacho, examinando sus amados libros de comercio; mas no era solamente el escritorio el campo de su actividad, sino que estaba a un mismo tiempo en todas partes.

Su figura larguirucha erraba como una sombra por toda la casa, desde el desván a la bodega, asustando a la servidumbre con sus repentinas y silenciosas apariciones; y Bárbara se lamentaba de tenerlo siempre detrás como un gendarme. Desde la ventana del escritorio llamaba a las mujeres que proveían de manteca y de huevos y les preguntaba qué cantidad de una y de otros habían dejado en la cocina; y luego bajaba y armaba un escándalo por los despilfarros que se cometían. Quitaba leña del fuego y había reemplazado la gran lámpara de la cocina por una pequeña cuya llama parecía la de un fósforo en aquella vasta estancia, en la que apenas se distinguían los objetos.

«¡Ganar dinero, ahorrar dinero!» Tal era actualmente la divisa de aquella casa; y el joven jefe, frotándose las flacas y exangües manos, repetía a cada momento que ahora sí que el mundo podría denominar nuevamente con razón a los Lamprecht «los Fúgger de Turingia», pues durante la época de sus dos inmediatos antecesores, había quedado muy quebrantada su fama de ricos.

Tía Sofía no había formulado hasta entonces la menor queja, pero se había puesto muy pálida, la frescura y la animación habían desaparecido de su simpático rostro, y aquella misma mañana, a la hora del café, había dicho que en la próxima primavera edificaría un par de cuartos y una cocina en la casita de su huerto y se iría a habitar en ella, pues siempre había deseado vivir en el campo, en medio de la naturaleza de Dios.

En aquel momento venía por la plaza del Mercado. La masa de fieles salía del templo y descendía por la calle que desde la iglesia llevaba a la «Galería», es decir, a los grandiosos pórticos que formaban uno de los lados de la plaza.

Allí flotaban velos y plumas agitados por el aire y sobre el pavimento se arrastraban las colas de los vestidos de seda y de terciopelo; por allí paseaban confundidos ricos y pobres, jóvenes y viejos, todos confiados, todos seguros de su vida, sin pensar que tal vez al domingo siguiente faltaría alguno. Pero ¿quién percibe sobre su cabeza el susurro del Tiempo que avanza siempre? También en otro tiempo la orgullosa Judit y la bella Dorotea cruzaron confiadas y seguras de su vida la misma plaza por donde ahora pasaba tía Sofía envuelta en su flamante capa de pieles.

Por allí venían igualmente los escolares cantando un coral.

Margarita abrochóse bien su chaqueta de piel y

salió a la puerta al encuentro de su tía; y en el momento que se asomó a la calle, el coro de muchachos entonó el hermoso himno «Los cielos alaban al Honor Eterno.»

— Les he encargado que por ser domingo cantasen esto como extraordinario, porque generalmente no cantan más que corales, dijo tía Sofía entrando en la casa y sacudiéndose la nieve de los zapatos.

Pero Margarita apenas oyó lo que le decía; de pie, en el umbral de la puerta, escuchaba casi sin respirar la argentina voz de soprano parecida a la de un serafín, que se elevaba por encima de todas las demás.

— Sí, dijo tía Sofía, es el pequeño Max que ahora tiene que cantar para ganarse el sustento.

Margarita traspuso el dintel de la puerta que estaba medio abierta y miró hacia la calle; allí estaba el muchacho con la negra gorrita sobre su rizada cabellera y las mejillas más encarnadas que de costumbre a causa del frío glacial; y mientras de su infantil pecho salían aquellas notas deliciosas, su aliento condensábase en forma de espeso vapor al contacto del aire.

Así que terminó el canto, Margarita hizo una seña, y el niño se acercó y la saludó profundamente como hubiera podido hacerlo el caballero más cortés ante una joven dama.

— ¿Ya tienes permiso de tus abuelos para cantar en la calle con este frío?, preguntó casi en tono de disgusto, alargándole la mano y atrayéndole a la puerta.

— ¡Por supuesto, señorita!, respondió Max sinceramente y como ofendido por la pregunta de la joven. Mi abuela me lo permite y mi abuelo me lo concede. Además, no siempre hace tanto frío como hoy, y aunque lo haga, el aire fresco es sano y a mí me prueba muy bien.

— ¿Y cómo ha sido que te has juntado con los escolares cantores?

— ¿Qué?, no sabe usted que cantando ganamos mucho dinero?

Diciendo esto miró hacia atrás y viendo que sus colegas se alejaban, añadió con cierta angustia:

— ¡Déjeme usted, señorita! Si no me voy, el director me regañará.

Y desprendiendo bruscamente su manecita fría de la mano de la joven, echó a correr.

— A lo que parece ha habido grandes cambios en la casa de ese niño, preguntó Margarita con el corazón oprimido y la respiración entrecortada.

— Sí, Margarita; allí todo ha cambiado, respondió, en lugar de tía Sofía, Reinoldo, desde la ventana del escritorio. Y conviene que también tú sepas en qué ha consistido el cambio. Pero antes, ten la bondad de cerrar la puerta, porque entra por ahí un frío horrible. Nuestros vecinos del departamento de embalaje deben estar muy satisfechos de que la señorita Lamprecht haya llamado a su casa a los escolares cantores... ¡Qué lástima que no tuvieras a mano una cazuela de sopas! El cuadro habría sido entonces más conmovedor.

Tía Sofía cerró la puerta y se alejó silenciosamente.

— Nuestra tía pone ahora siempre cara de vinagre, prosiguió Reinoldo encogiéndose de hombros. La severidad que he impuesto en la marcha de la casa se conoce que no le gusta; es natural, pues a los viejos no les agrada que el aire fresco sanee el nido calentito y lleno de ideas rancias en que tan bien se encuentran. Pero a mí esto me tiene sin cuidado y en modo alguno he de consentir, por complacerla a ella, que continúe el antiguo desorden de esta casa ni que estén empleados en ella los gandules. El viejo Lenz fué despedido hace cinco semanas y el día de año nuevo habrá de dejarme desocupada su habitación... Ahora ya sabes, Margarita, por qué canta el muchacho por las calles; otros niños cantan también por necesidad, sin que de ello les venga mal alguno, y no veo la razón por que el príncipe del departamento de embalaje haya de ser de mejor condición que los demás.

Dicho esto cerró la ventana y Margarita, sin haberle contestado una palabra, refugióse en la salita, abrigóse en un mantón, metióse un pequeño cartucho de monedas en el bolsillo y atravesando el patio, dirigióse a la vivienda de los Lenz.

XVIII

Margarita cerró tras sí violentamente la puerta de la casa y al llegar al pie de la escalera detúvose un instante.

Aquellos mismos escalones los había ella bajado

aquel día terrible en que corriera hacia Dambach, para adquirir, una vez allí, la espantosa certidumbre de que era huérfana... ¡Ah, si su padre supiese cómo se portaba su hijo, cómo arrojaba de su lado sin piedad a todos los que eran un obstáculo a su avaricia y a su egoísmo!..

Su padre había mostrado afecto al pequeño Max; bien lo sabía ella que más de una vez había, a propósito de ellos, recordado a Saúl y a David. Su padre, el hombre melancólico y taciturno, no había podido substraerse al hechizo de aquel niño hermoso, de mirada inteligente que a todos cautivaba; y ella recordaba perfectamente con qué dulzura hablaba él al muchacho y recordaba también haberle oído decir a su abuelo que, cuando fuese mayor, le daría un empleo en el escritorio. ¿Y no había dicho también aquella noche de la tormenta, mientras contemplaba horrorizado al pequeño Max cantando encaramado en la baranda de la galería, que el niño aquel no estaba destinado a divertir a los demás?.. ¡Y ahora el pobre muchacho cantaba por las calles con el frío horrible de aquel invierno!

Pensando estas cosas llegó a la parte de edificio en donde habitaban los Lenz y subió la escalera que conducía al piso de éstos. Los escalones de madera estaban limpios, blancos como la nieve, y en el aire flotaba el olor a enebro que es el olor dominguero genuino de Turingia.

Llamó a la puerta y no le contestó nadie; entró y nadie se movió a pesar de que la vigilante Filina comenzó a ladrar en la cocina, en cuanto hubo entrado.

Junto a una ventana, la señora Lenz confeccionaba una chaqueta de punto de lana de vivos colores; junto a la otra, su esposo trabajaba profundamente inclinado sobre su mesa de labor.

Sólo cuando Margarita les saludó afectuosamente, los dos ancianos se fijaron en ella y se apresuraron a levantarse.

La expresión de asombro que se pintó en los semblantes de aquellos viejos al verla, desconcertó repentinamente a Margarita.

Su corazón ardiente la había empujado allí; pero venía de su casa, en donde los Lenz tenían un enemigo implacable que les había quitado el pan de la boca sumiéndolos en la miseria. ¿No era, pues, natural, que aquella gente sintiese desconfianza y hasta indignación hacia todo lo que de aquella casa procediese?

El viejo la sacó de su embarazo, tendiéndole cordialmente la mano y conduciéndola al sofá...

Y allí Margarita se sentó en el mismo sitio en que, diez años antes, había sido colocada y atendida solícitamente la niña abrasada por la calentura.

Aquella noche resurgió en su alma con todos sus detalles y pensando en ella no acertaba a explicarse cómo su padre, después de tantas pruebas de cariño prodigadas a su hijo, había persistido, hasta su muerte, en su altivez para con aquella familia. ¡Y cuán triste era ahora la situación de aquellas gentes!

La miseria no era visible todavía; la habitación estaba bien calentada y una alfombra cubría el suelo, y ni los muebles ni los cortinajes estaban viejos ni ajados.

Veíase que, desde antiguo, se había destinado algún dinero y puesto gran cuidado en conservar la comodidad de aquel hogar.

En medio de la habitación había puesta la mesa para la comida; el mantel recién planchado relucía como raso; las servilletas estaban sujetas con elegantes aros y junto a los platos de porcelana pintada había cubiertos de plata.

— He venido a estorbarles en sus trabajos, dijo Margarita disculpándose y tomando la silla más inmediata mientras obligaba a los esposos Lenz a sentarse en el sofá.

— No trabajábamos, señorita; nos entreteníamos sencillamente, replicó el viejo pintor. Ahora no tengo ningún trabajo preciso y me distraigo pintando un paisaje que comencé hace algunos años. Pero pinto muy despacio porque tengo un ojo enteramente ciego y del otro veo poco; por esto he de aprovechar las pocas horas del mediodía.

— ¿Creo que le han despedido de la fábrica?, preguntó la joven yendo sin rodeos al objeto que allí la había conducido.

— Sí, ha sido despedido como cualquier jornalero, respondió la anciana con amargura, porque, como artista de conciencia no entregaba tanta labor como los embadurnadores jóvenes y aturdidos.

— ¡Juanita!, díjole su esposo en tono de amonestación.

— ¿Por qué he de callar, Ernesto? Si yo no lo digo ¿quién lo dirá?, replicó la señora Lenz con cierta du-

reza mitigada, sin embargo, por una triste sonrisa. ¿Por ventura he de dejar de ser, en mi vejez, lo que toda mi vida he sido, el abogado de mi marido, demasiado modesto y demasiado bueno?

El Sr. Lenz movió la cabeza.



— ¿Ya tienes permiso de tus abuelos para cantar en la calle?..

— Pero no debemos ser injustos, querida esposa, dijo con dulzura. Durante estos dos últimos años, y a causa del estado de mi vista, no he trabajado en proporción del jornal que me daban; así se lo he dicho yo mismo al amo pidiéndole trabajar a destajo; pero el señorito Reinoldo no ha querido acceder a ello. En su derecho está, aun cuando no haya sido declarado mayor de edad ni se haya abierto todavía el testamento... En ese testamento confían muchos viejos obreros de Dambach que se encuentran en el mismo caso que yo.

Margarita estaba enterada por su tía Sofía de que su padre había dejado un testamento que debía abrirse de un momento a otro; pero no sabía nada más, porque aquella ignoraba los pormenores del tal documento; así se lo dijo a los dos ancianos que la miraban con ojos de asombro. Había dado ella muy poca importancia al asunto y, por otra parte, no se le había ocurrido que la última voluntad de



— ¡Ernesto!, exclamó la señora Lenz amenazando cariñosamente a su marido

su padre pudiera poner remedio a las arbitrariedades de su hermano.

— ¡Dios mío!, exclamó con viveza. ¿Creen ustedes que el testamento puede modificar muchas cosas?

— Puede y debe modificar muchas, respondió la señora Lenz recalando sus palabras.

Margarita guardó silencio por un momento, tratando de leer en los ojos azules y todavía hermosos de la anciana, en los cuales brillaba una especie de satisfacción salvaje. Al fin dijo con firmeza y en tono de reproche:

— Y teniendo como tienen ustedes esta confianza, ¿por qué cometen la crueldad de dejar que su nieto se gane el sustento cantando por las calles?

Al oír esto, la anciana se levantó indignada. Estaba medio parálitica y apenas podía moverse; pero en aquel instante pareció no sentir debilidad ni dolor.

— ¿Crueltes nosotros con nuestro niño, con nuestro ídolo, con el que lo es todo para nosotros?, exclamó fuera de sí.

El viejo pintor cogió su mano para tranquilizarla. — ¡Calma, hija mía, calma!, díjole sonriendo bondadosamente. Estos dos ancianos nunca han sido crueles, ¿verdad, Juanita? No lo hemos sido con los seres más ínfimos de la creación, ¡y habíamos de serlo con nuestro chico!.. ¿Le ha oído usted cantar?, preguntó de pronto dirigiéndose a Margarita.

— Sí, delante de nuestra casa, y me ha causado gran pena. ¡Hace tanto frío! El aliento se le helaba al salir de su boca y me dió miedo de que pudiera enfriarse.

— El muchacho es fuerte y está acostumbrado a los rigores del tiempo, replicó el Sr. Lenz. Esta habitación es demasiado pequeña para su voz, y a menudo, antes de que nosotros nos demos cuenta de ello, se pone a cantar en la ventana o en la galería sin hacer caso de las tormentas ni de las nevascas.

Diciendo estas últimas palabras, habíase levantado y enlazando su brazo al cuerpo de su esposa, había obligado suavemente a ésta a sentarse de nuevo en el sofá.

— Así, hija mía, le dijo. El estar de pie te recrucece el dolor y no debes angustiarse a tu viejo dejándole dominar por esa excitación que siempre te perjudica...

Y volviendo él también a sentarse, prosiguió dirigiéndose a Margarita:

— Ha de saber usted, señorita, que el corazón de esa mujer es un tesoro de amor. Muchos creen que después de haber querido a los hijos y de haberse sacrificado por ellos, ya no les queda más que hacer; y sin embargo, vienen luego los nietos y la abuelita vuelve a ser la misma leona que fué en su juventud.

Margarita, al oír aquellas palabras, pensó con amargura en su abuela, para quien los hijos y los nietos no eran otra cosa que escalones sobre los cuales quería encumbrarse.

— Mire usted, siguió diciendo el anciano; ahí junto a la estufa están las pantuflas y la cerveza caliente para nuestro pequeño cantor. Y cuando viene, trae siempre el rostro radiante de alegría, porque se figura que realiza una elevada misión: la de proveer al sustento de sus abuelos.

El buen hombre, al decir esto, se sonreía; pero al mismo tiempo enjugábase una lágrima que delataba su emoción.

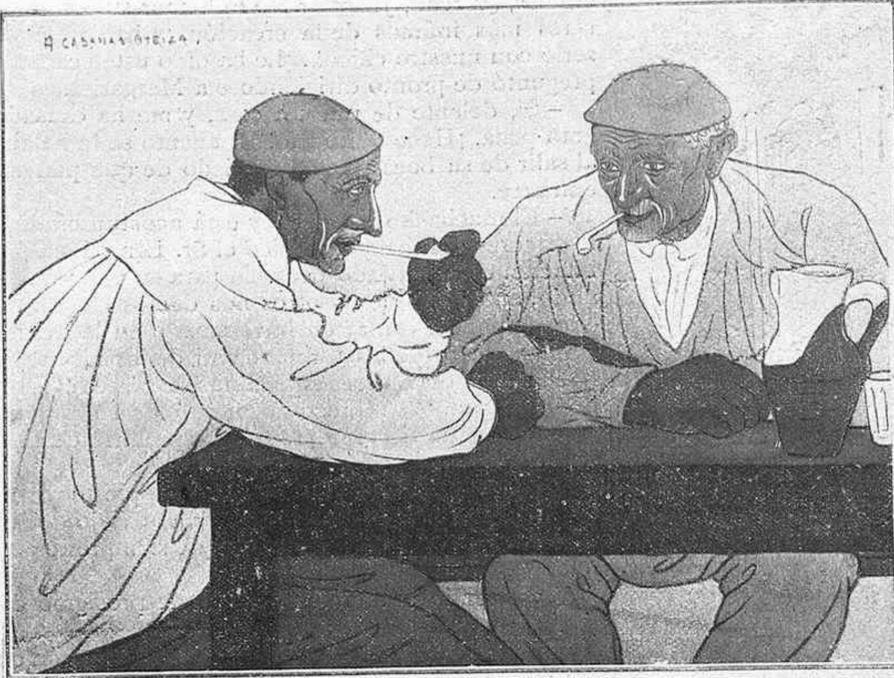
— Es cierto, prosiguió diciendo, que pasamos algunos días malos, fatales, a raíz de mi despido de la fábrica; habíamos pagado las cuentas del sastre y del zapatero de Max y hecho provisión de carbón, y una cantidad con la que podíamos contar puntualmente no nos fué pagada a su debido tiempo. Y llegó una noche en que nos encontramos delante de nuestra caja enteramente vacía, sin saber siquiera cómo podríamos, al día siguiente, comer una sopa... En vista de esto quise ir a empeñar un par de cucharas de plata; pero esa mujercita, y al decir esto miró cariñosamente a su esposa, se me anticipó y sacando de la cómoda los bordados y otras labores que sus hábiles manos habían confeccionado en los ratos de ocio, fué, en compañía de Max y a pesar de lo que el caminar le costaba, a recorrer varias tiendas, y no sólo trajo dinero, producto de la venta de aquellas labores, sino también muchos encargos... Y ahora este viejo inútil se deja mantener por la mano en la cual en otro tiempo puso el anillo de desposada firmemente convencido de que su novia podría vivir a su lado como una princesa. ¡Qué quiere usted! Esta es la vida y estas son las esperanzas de un artista.

— ¡Ernesto!, exclamó la señora Lenz amenazando cariñosamente a su marido con la mano. ¿Pretendes, acaso, hacer creer a la señorita Lamprecht que yo he sido una de esas mujeres que sueñan con vivir ociosas y regaladamente al lado de sus esposos?.. No, señorita; todo esto que cuenta esa vieja cabeza de artista es pura fábula. Nunca he podido permanecer inactiva; tengo el genio demasiado vivo para ello. Trabajar y ayudar siempre a los demás ha sido siempre mi elemento, y Max ha heredado de mí esta pasión por el trabajo. «Abuela, díjome cuando regresábamos a casa el día a que se ha referido Ernesto; mañana me voy con los escolares cantores. El chantre de la iglesia me ha dicho que necesitaba para su coro un muchacho de mi voz y que los cantores se llenan los bolsillos de dinero.»

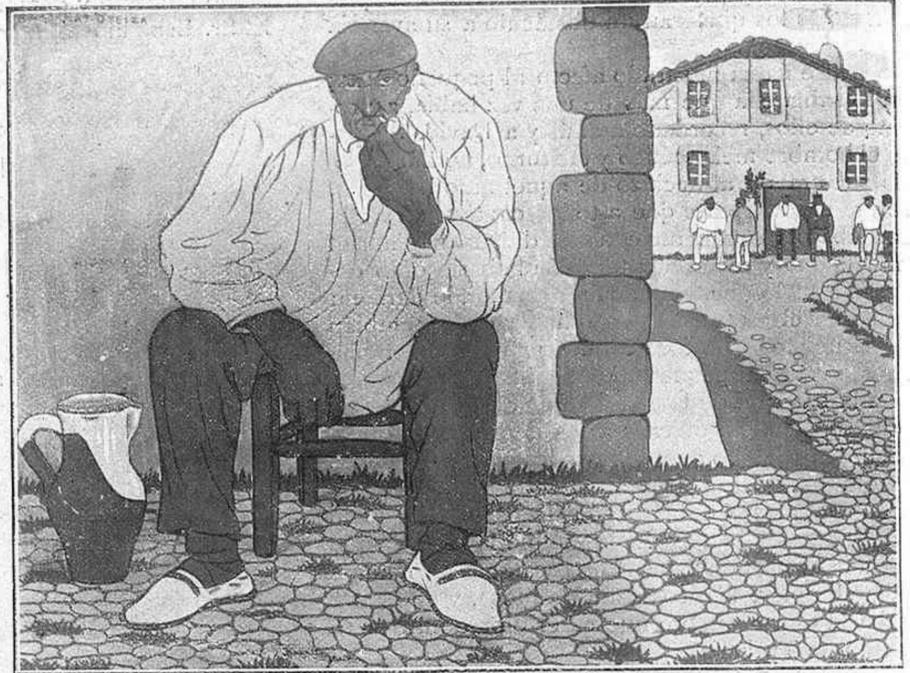
— Quisimos quitarle esa idea de la cabeza, dijo el Sr. Lenz, pero no hubo medio de convencerle; suplicó, lloró, recurrió a las caricias, y al fin mi mujer cedió y le dió el permiso que quería.

(Se continuará.)

MADRID. SALÓN ARTE MODERNO. - EXPOSICIÓN CABANAS OTEIZA



En la taberna

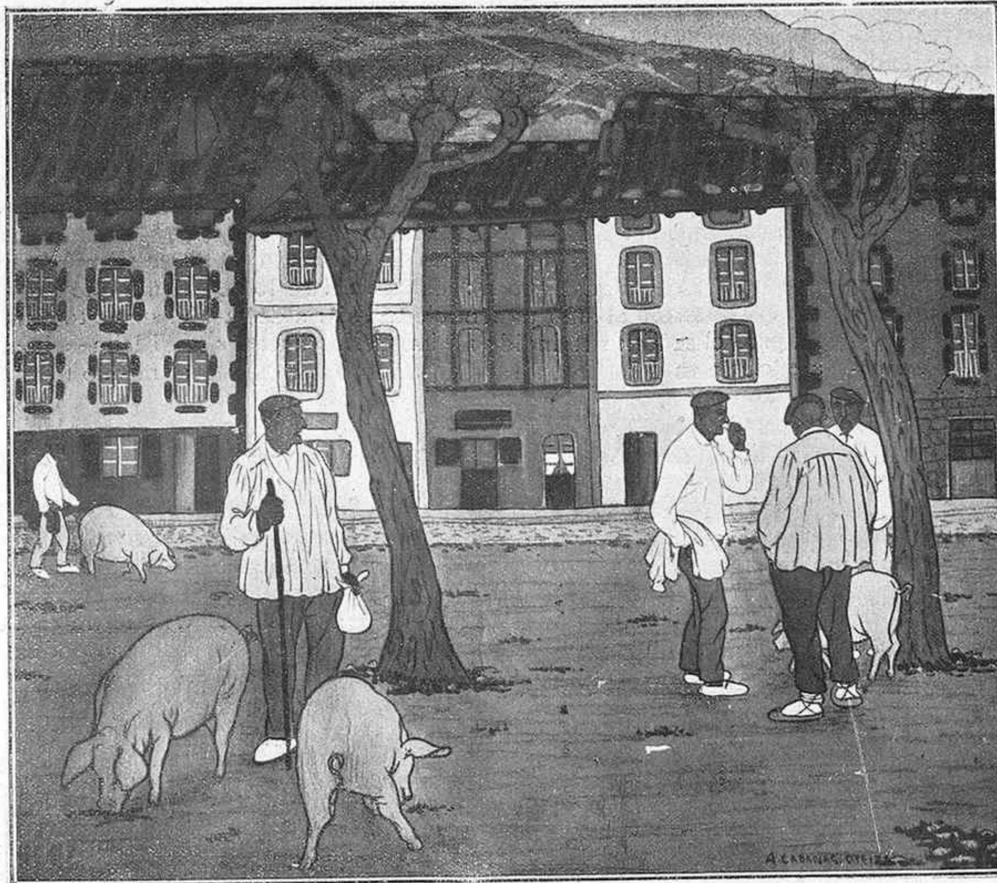


Pensativo y con pipa

Ocupándose en la exposición Cabanas Oteiza, de cuya inauguración dimos cuenta en el número anterior, escribe un distinguido crítico y notable literato de la corte lo que a continuación copiamos:

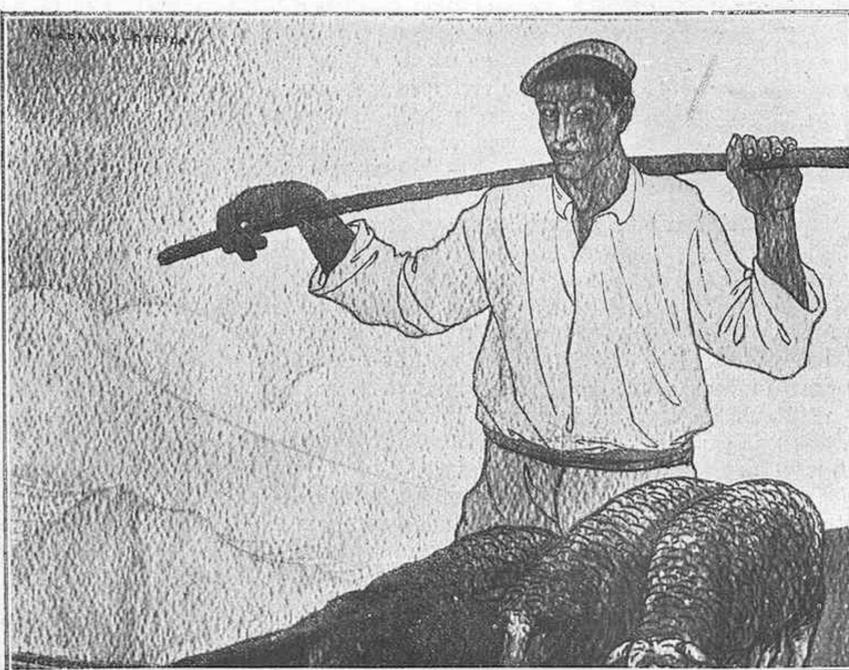
«Todas las obras de este pintor se refieren al país vascongado. El Sr. Cabanas-Oteiza no le debe grandes cosas a la fortuna; yo sé de qué humilde hogar se ha levantado poco a poco y con laborioso esfuerzo; yo sé cómo se ha valido para estudiar, mientras la necesidad le obligaba a duros y toscos trabajos. Ahora vive en un caserío de Andoaín, y este hombre, sensible y humilde, colocado frente a la voltaria, multiforme y compleja naturaleza vascongada, ha arrancado a sus montañas nativas unas cuantas sensaciones de atmósfera que a mí sinceramente me han conmovido.

»Yo hubiera deseado para mi gusto que el Sr. Cabanas Oteiza olvidase en su casa de Andoaín las caricaturas; no quiere esto decir que me parezcan malas, sino que estas caricaturas, de tanto sabor grotesco, están contradiciéndose con las finas, las dulces e inefables tablitas al óleo

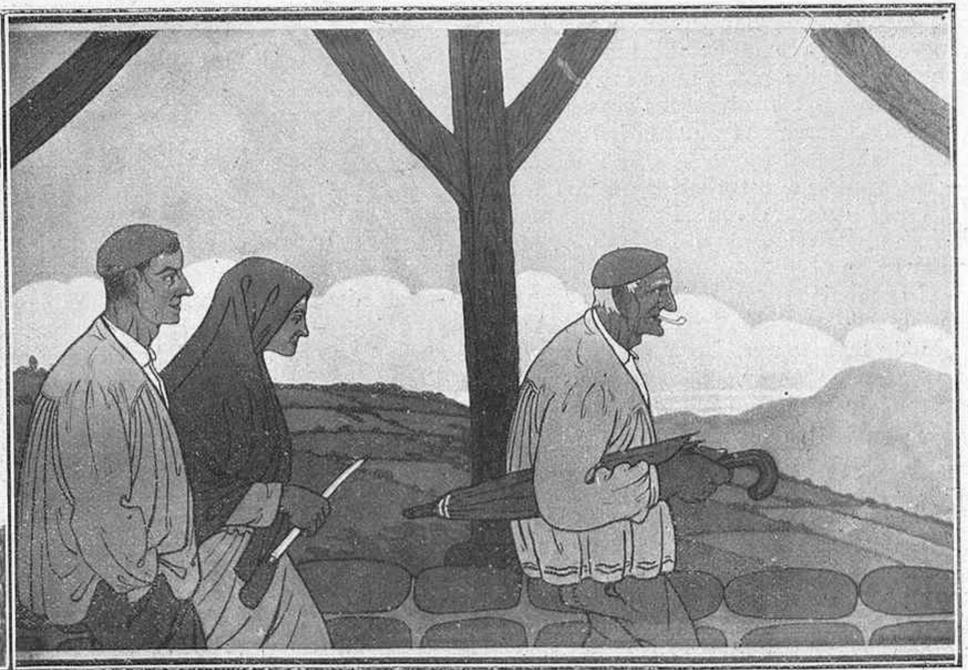


Plaza del pueblo

que campean al lado. No estoy muy convencido de que en Cabanas-Oteiza exista un alto caricaturista; pero existe seguramente un delicadísimo pintor de paisajes. En estas tablitas modestas, el pintor guipuzcoano se ha atrevido con una cosa casi inabordable: la niebla. La niebla, claro es, ha tenido infinitos cultivadores, desde la niebla en la ciudad hasta la bruma sobre los ríos y las colinas. Pero muy pocos pintores llegan a convencer-nos del todo. El Sr. Cabanas-Oteiza se atreve con la niebla cantábrica, objeto artístico tres veces difícil; y no es que se atreva por prurito de jactancia, sino porque su alma se parece también a la niebla... La ve, la comprende, la siente y espontáneamente se pone a reproducirla. Fuera del incomparable Regoyos, príncipe y amo de la atmósfera, yo no recuerdo nada tan feliz, en cuanto a efectos de media luz, como esos cuadritos de Cabanas-Oteiza, en donde palpita una cierta unción religiosa, acaso todavía manifestada con timidez y sobre todo con pocos recursos efectistas; esos recursos que conceden el tiempo, los viajes y la comunicación con los buenos maestros.»



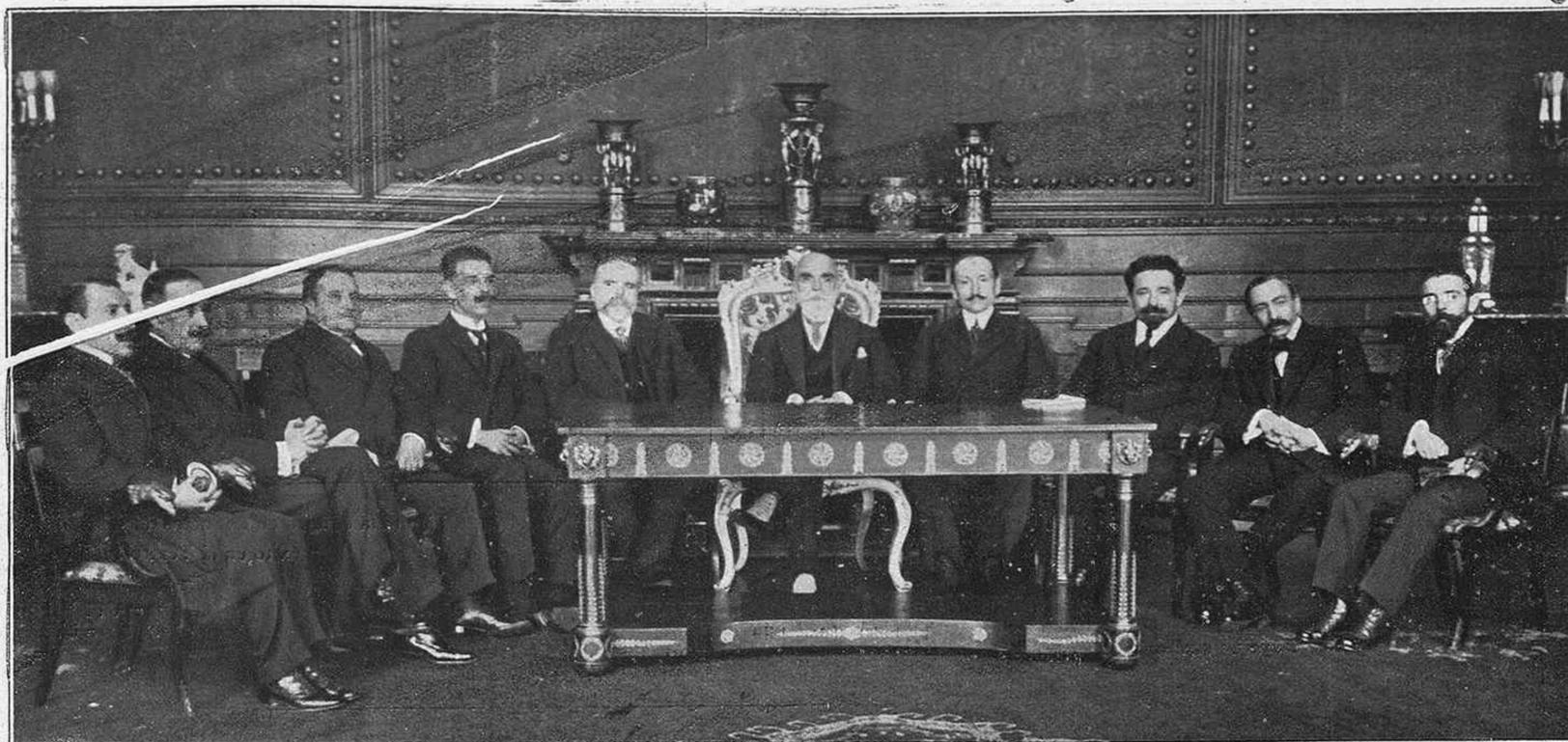
Pastor



A misa

(De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

PORTUGAL. - EL NUEVO MINISTERIO DE LA DEFENSA NACIONAL. (Fotografía de A. Rato.)



De izquierda a derecha: D. Pedro Martins (*Instrucción Pública*); D. Augusto Luis Vieira Soares (*Negocios Extranjeros*); Sr. Norton de Mattos (*Guerra*); D. Augusto Pinto de Mezquita (*Justicia*); D. Antonio José de Almeida (*Presidente del Consejo de Ministros y Ministerio de las Colonias*); D. Bernardino Machado (*Presidente de la República*); don Antonio Pereira (*Interior*); D. Alfonso Costa (*Hacienda*); D. Víctor Hugo de Azevedo Coutinho (*Marina*); D. Antonio M.^a de Silva (*Trabajo y subsistencias*).

Conforme dijimos en una de nuestras crónicas de la guerra, a raíz de la declaración de guerra hecha por Alemania, el ministerio portugués presentó la dimisión, y la Cámara acordó la formación de un gobierno nacional.

Seguidamente constituyóse éste organizado con elementos evolucionistas y democráticos, figurando en él, en representación de los primeros, los señores Almeida, Pereira Reis, Mezquita Carvalho y Martins, y en representación de los segundos los señores Costa, Norton de Mattos, Azevedo Coutinho, Soares y Silva.

El nuevo ministerio se presentó ante la Cámara y el presidente del Consejo leyó la declaración ministerial, en la que, después de decir que el gobierno se propone concentrar todas sus energías en defensa de la patria y cumplir todos los compromisos adquiridos con Inglaterra, pedíase a todos los portugueses que dieran tregua a las luchas intestinas, y se hacía constar que la creación del nuevo ministerio del Trabajo estaba inspirado en el deseo de atender eficazmente a las necesidades de las clases trabajadoras. Terminaba la declaración diciendo que el gobierno está constituido por hombres de distinta filiación política que han depuesto sus antagonismos teniendo como aspiración suprema formar la gran familia portuguesa.

La Cámara, a excepción de los unionistas que permanecieron en silencio, acogió con demostraciones de entusiasmo la declaración ministerial.

Acto seguido, el minis-

Gratitud al PETROLEO GAL



tro de Negocios Extranjeros leyó una nota de la legación inglesa asegurando, en nombre de Sir E. Grey, que el gobierno de Su Majestad británica estará al lado de Portugal frente al enemigo común y que la nación portuguesa puede confiar en que Inglaterra le dará todo el auxilio que necesite.

Hablaron después, reconociendo la gravedad de la situación y ofreciendo su apoyo al gobierno, Alejandro Braga, Simas Machado y Brito Camacho.

El nuevo gobierno ha presentado al Parlamento dos proyectos de ley: que han sido aprobados, uno suspendiendo algunas de las garantías constitucionales para mientras dure la guerra y otro estableciendo la previa censura para la prensa, y ha dictado un decreto autorizando al ministro de la Guerra para convocar total o parcialmente, con objeto de dar instrucción militar, a los cupos de licenciados que juzgue conveniente.

El general Rodríguez Ribeiro ha sido nombrado jefe del Estado Mayor del Ejército; el coronel García Rosado, cuartel maestro general interino, y el coronel García Guerrero, subjefe. Los generales Mendoza Alves y Camacho Mattos han sido nombrados respectivamente comandante de la segunda división y presidente de la comisión de fortificaciones, y el general Oliveira Guimarães, comandante militar de las Azores.

El exrey de Portugal D. Manuel de Braganza, en vista de la situación de su país, ha pedido a sus partidarios que presten su apoyo al nuevo gobierno,

MADRID. - NOVEDADES TEATRALES. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Una escena de *Viva el difunto*, sainete en un acto de Tomás Luceño, estrenado con buen éxito en el Teatro de la Princesa



Una escena de *Los Gabrieles*, historieta cómica en dos actos de R. López Montenegro y Ramón Peña, estrenada con buen éxito en el Teatro Infanta Isabel

El ilustre sainetero Tomás Luceño ha obtenido un nuevo éxito con la obra *Viva el difunto*, estrenada en el Teatro de la Princesa. Es una piececita basada en un episodio de la historia del gran actor Isidoro Máiquez y constituye un cuadro muy animado y estudiado con mucho esmero de las costumbres de los comediantes de los últimos tiempos del siglo XVIII y de los primeros del XIX. Tiene ambiente de la época; la acción es entretenida; los tipos están admirablemente dibujados; el diálogo es fácil y gracioso, y la versificación es impecable.

Interpretaron perfectamente el sainete las señoras Salvador y Torres, las señoritas Ruiz Moragas, Torres y Hermosa, y los señores Codina, Carsi y Juste.

En el Teatro Infanta Isabel se ha estrenado con muy buen éxito una comedia en dos actos, *Los Gabrieles*, original de los señores López Montenegro y R. Peña.

El hermano Juan, lego motilón que, según profecías guardadas en el convento de la orden de San Gabriel, ha de engrandecer aquella comunidad, siente tal vocación por el torero, que acaba por ahorcar los hábitos, y con la venia y hasta con la bendición de los religiosos, con los cuales se crió y educó, se dedica al arte de Pepe Hillo y acaba por ser un fenómeno, como ahora se dice. Pero en su triunfal carrera no se olvida de los buenos padres Gabrieles, para los cuales tiene siempre un recuerdo y a quienes paga los favores recibidos con abundantes dádivas, que en muchas ocasiones les sacan de grandes apuros económicos. Contrastando con lo hecho por el hermano Juan, un torero que es un maleta y que circunstancialmente presta sus servicios de recadero en la comunidad de los Gabrieles, se enamora de aquella vida tranquila, de aquel confortable sosiego y sobre todo de la seguridad de

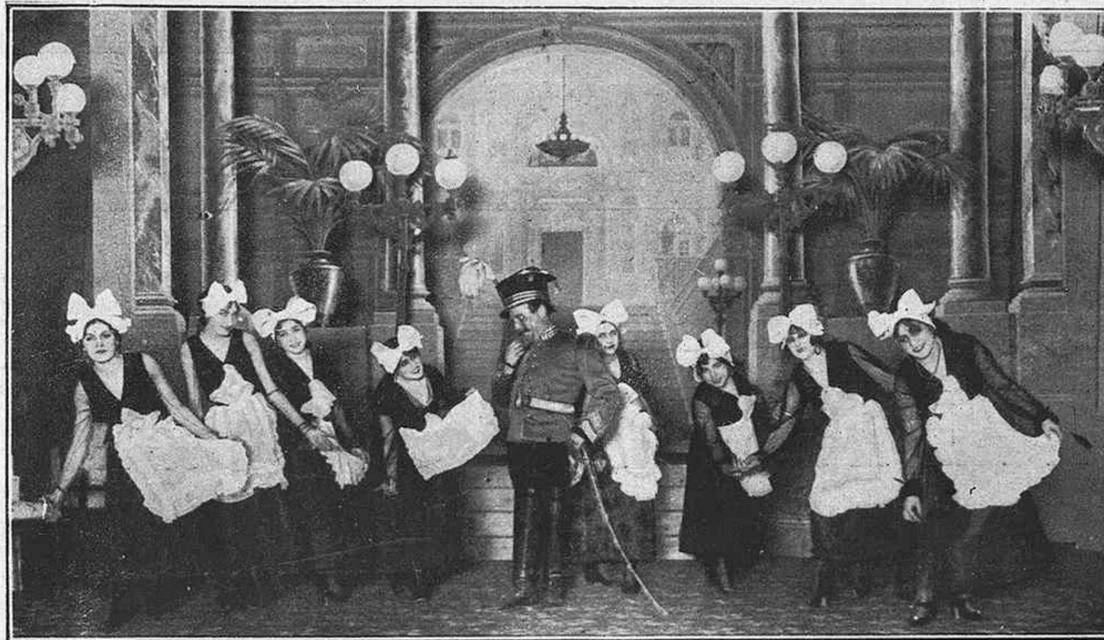
la buena y ordenada comida y, abandonando el traje de luces, toma el hábito e ingresa en aquella comunidad. Alrededor de esta fábula han acumulado sus autores incidentes cómicos, pasos imprevistos y chistes a granel que mantienen al público en constante risa.

En la ejecución se distinguen las señoritas Robles, Siria y Cañete, y los Sres. Hernández, Vilches, Díaz Adame, Olmo Codina y Alaiz.

Las alegres chicas de Berlín es una bellísima opereta, letra de los Sres. AVECILLA y MERINO, música del maestro MILLÁN, que se ha estrenado con gran éxito en el Teatro de la Zarzuela.

El argumento, en resumen, se reduce a lo siguiente: unas adorables muchachas berlinesas que conocen por experiencia cuán fugaz y deleznable es el amor de cierto príncipe, proponen castigar su tornadiza condición, su insólito desvío, y para ello eligen a la más agraciada para que, en nombre de todas las ofendidas, defienda los fueros del sexo; pero la elegida, lejos de burlar al príncipe, se enamora de él y acaba por ser su esposa.

El joven compositor Sr. MILLÁN ha escrito para este libro una música alegre, viva, sonora, graciosa, digna de figurar al lado de las más celebradas partituras vienesas. Entre los números que más agradan al público citaremos la canción de las cítaras y la canción húngara, del acto primero; un *cake-walk*, un duettino y un terceto, del segundo; y un hermoso prelude, del tercero. En la interpretación de *Las alegres chicas de Berlín* se distinguen las señoritas Vela y Puchol, y los Sres. Alarcón, Ontiveros, Uliberri y Manso, muy bien secundados por las señoritas Camacho, Saavedra, Torres, Crespo, Aceña y Margarit, y por los Sres. Povedano y Tojedo.



Una escena de *Las alegres chicas de Berlín*, opereta en tres actos, letra de los Sres. AVECILLA y MERINO, música del maestro MILLÁN, estrenada con excelente éxito en el Teatro de la Zarzuela

Paris

Date de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y sano

Casa CANDÈS

25 St-Denis, 16

AVISO A LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS RES

JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

SAVONAROLA - LUTERO - CALVINO - SAN IGNACIO DE LOYOLA
POR D. EMILIO CASTELAR

Esta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos sexuales, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el **VIGOR SEXUAL KOCH** de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El **VIGOR SEXUAL KOCH** se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de **DEBILIDAD** se pida a la **CLINICA MATEOS**, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el **GRAFICO SEXUAL**, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA
CON LA HISTORIA DE SU CULTO
EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadernados,
100 pesetas

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN